

Winston S. Churchill

**LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA**

ARTÍCULOS Y DISCURSOS 1936-1939

CLÁSICOS DE HISTORIA 563

WINSTON S. CHURCHILL

**LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
ARTÍCULOS Y DISCURSOS 1936-39**

Step by step 1936-1939

Londres 1939

<https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.2345/mode/2up>

His complete speeches 1897-1963

Edited by Robert Rhodes James.

Volume VI: 1935-1942.

New York 1974

[https://dn721705.ca.archive.org/0/items/winston-s-churchill-his-complete-speeches-1897-1963-02-v.-2.-1908-1913/Winston%20S %20Churchill %20His%20Complete%20Speeches%2C%201897-1963%2006%20-%20v.%206.%201935-1942.pdf](https://dn721705.ca.archive.org/0/items/winston-s-churchill-his-complete-speeches-1897-1963-02-v.-2.-1908-1913/Winston%20S%20Churchill%20His%20Complete%20Speeches%2C%201897-1963%2006%20-%20v.%206.%201935-1942.pdf)

Traducción automática revisada

CLÁSICOS DE HISTORIA 563

ÍNDICE

ARTÍCULOS.....	4
La tragedia española. 10 de agosto de 1936.....	5
Fuera de España. 21 de agosto de 1936.....	7
Una lección práctica sobre España. 2 de octubre de 1936.....	9
La no-intervención en España. 8 de enero de 1937.....	11
¿Podrán las Potencias traer la paz a España? 2 de abril de 1937.....	13
El camino de España hacia la paz. 26 de noviembre de 1937.....	15
Crepúsculo rojo en España. 5 de abril de 1938.....	18
La úlcera española. 30 de diciembre de 1938.....	20
Esperanza en España. 23 de febrero de 1939.....	23
Después del mensaje del Presidente Roosevelt. 20 de abril de 1939.....	25
DISCURSOS.....	29
La Guerra Civil Española 14 de abril de 1937 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	29
La Guerra Civil Española 7 de julio de 1937 (<i>Garden Party, Harlow</i>).....	32
España (Propuestas de no intervención) 15 de julio de 1937 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	33
La Guerra Civil Española 19 de julio de 1937 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	36
Referencias en otros discursos.....	42
Las armas y el Pacto, 3 de diciembre de 1936 (<i>Albert Hall, Londres</i>).....	42
Defensa aérea, 27 de enero de 1937 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	42
Estimaciones navales, 11 de marzo de 1937 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	42
Situación internacional, 25 de mayo de 1937 (<i>Society Luncheon, Londres</i>).....	42
La renuncia de Anthony Eden, 22 de febrero de 1938 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	43
Armarse y cumplir el Pacto, 9 de mayo de 1938 (<i>Free Trade Hall, Manchester</i>).....	43
Fuerzas volcánicas se agitan en Europa, 2 de junio de 1938 (<i>League of Nations Union, Birmingham</i>).....	43
Rusia y Polonia, 19 de mayo de 1939 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	44
Situación de la guerra, 8 de octubre de 1940 (<i>Cámara de los Comunes</i>).....	44
Una nueva experiencia: Victoria, 10 de noviembre de 1942 (<i>The Lord Mayor's Luncheon, Ayuntamiento, Londres</i>).....	44
APÉNDICE.....	45
Un intervalo dramático: España 1936-1937.....	45

ARTÍCULOS

A finales de julio de 1936, la creciente degeneración del régimen parlamentario en España y la fuerza de los movimientos que impulsaban una revolución comunista, o alternatively una anarquista, desembocaron en una revuelta militar que llevaba tiempo gestándose. Inmediatamente estalló una feroz guerra civil, con ejecuciones masivas, asesinatos de clase y las correspondientes represalias. El gobierno francés propuso un plan de no intervención, según el cual ambos bandos se enfrentarían entre sí sin ayuda externa. El gobierno británico aceptó esta postura. Los gobiernos alemán, italiano y ruso también la respaldaron. En consecuencia, el gobierno español, ahora en manos de los revolucionarios más violentos, se vio privado incluso del derecho a comprar las armas que había encargado con el oro que poseía. Habría sido más razonable seguir el curso habitual y reconocer la beligerancia de ambos bandos, como se hizo en la Guerra de Secesión estadounidense (1860-1865). Sin embargo, en lugar de eso, se adoptó la política de no intervención, que fue solemnemente acordada por todas las grandes potencias. Italia y Alemania, por un lado, y Rusia, por otro, apenas disimularon su incumplimiento del acuerdo. Gran Bretaña fue la única que mantuvo una neutralidad estricta e imparcial en todo momento.¹

1 Nota de Churchill en la recopilación de artículos.

La tragedia española

10 de agosto de 1936

Debemos considerar la guerra civil española como un hito siniestro y, quizá, fatal en la decadencia de Europa. Las peores disputas surgen cuando ambos bandos tienen razón y están igualmente equivocados. Aquí, por un lado, las pasiones de un proletariado empobrecido y atrasado exigían el derrocamiento de la Iglesia, el Estado y la propiedad, y la instauración de un régimen comunista. Por otro lado, las fuerzas patrióticas, religiosas y burguesas, lideradas por el ejército y apoyadas por el campo en muchas provincias, marchaban para restablecer el orden mediante la instauración de una dictadura militar. Las crueldades y las ejecuciones despiadadas, fruto de la desesperación de ambos bandos, los odios atroces desatados, el choque de credos e intereses, hacían muy probable que la victoria fuera seguida por el exterminio sin piedad de los elementos activos del bando vencido y por un prolongado período de tiranía.

¿Cómo ocurrió todo esto? Sucedió «según lo planeado». Lenin estableció que los comunistas debían apoyar todos los movimientos izquierdistas, y mantener unos gobiernos constitucionales débiles, radicales o socialistas. Debían socavarlos y, de sus manos debilitadas, arrebatárles todo el poder y fundar el Estado marxista. Este procedimiento es bien conocido y está bien comprobado. Forma parte de la doctrina comunista; forma parte del libro de instrucciones comunista. Los comunistas de España lo siguieron casi al pie de la letra. La República constitucional, que aspiraba a ser liberal y democrática, se deslizó inexorablemente hacia la izquierda. Sus ministros tranquilizaron a las clases medias con la apariencia de un sistema parlamentario. Debilitaron o paralizaron la resistencia de conservadores y monárquicos; pero se encontraron cayendo en las garras de fuerzas oscuras y violentas que se manifestaban cada vez con mayor claridad y operaban mediante asesinatos, saqueos y disturbios laborales. Continuaron jugando al juego parlamentario mucho después de que éste perdiera todo contacto con la realidad. Desde las elecciones de principios de este año, hemos presenciado en España una reproducción casi perfecta, *mutatis mutandis*, del período Kerensky en Rusia.

Sin embargo, la fortaleza de España no se había visto mermada por una guerra extranjera. El ejército aún conservaba cierto grado de cohesión. Paralelamente a la conspiración comunista, se urdía en secreto una profunda contraofensiva militar. Es inútil afirmar que un régimen constitucional y parlamentario tiene derecho legal o moral a la obediencia de todas las clases, cuando en realidad está siendo subvertido y devorado día a día por el comunismo. Un gobierno constitucional, para ser digno de tal nombre, debe demostrar su capacidad para preservar la ley y el orden, y proteger la vida, la libertad y la propiedad. Si no logra hacer cumplir estas garantías fundamentales, ningún sistema parlamentario puede perdurar. Los asesinatos y ultrajes que culminaron con el asesinato del señor Calvo Sotelo generaron una situación en la que ninguna de las partes podía reclamar legítimamente los títulos de propiedad de la herencia, y en la que los ciudadanos de todas las clases se vieron obligados a considerar la supervivencia de España.

Por lo que se puede apreciar en las noticias que han llegado al mundo exterior hasta el momento, ambas partes parecen estar en igualdad de condiciones y controlar partes semejantes de España. Si se tratara de una lucha entre la Vieja España y la Nueva España, entre la fe, las tradiciones y la cultura del pasado y las aspiraciones y esperanzas del futuro, probablemente la contienda se inclinaría a favor de los llamados «rebeldes». Pero ese no es el problema. *Dos nuevas Españas* se disputan el poder. Dos sistemas modernos antagónicos se enfrentan en una lucha a muerte. El fascismo se enfrenta al comunismo. El espíritu y la destreza de Mussolini y de Hitler se

enfrentan a los de Trotsky y Bela Kun. Aquí no hay conflicto de clases, ni la típica división entre pobres y ricos, entre desposeídos y privilegiados. Todas las fuerzas nacionales y militares de España se han visto profundamente conmovidas por el ascenso de Italia, bajo el mando de Mussolini, al poder imperial en el Mediterráneo. Los métodos italianos sirven de guía. Los logros italianos son un estímulo. ¿Deberá España, el mayor imperio del mundo cuando Italia era un mero conjunto de pequeños principados desunidos, hundirse ahora en la miseria igualitaria de un Estado comunista, o recuperar su lugar entre las grandes potencias mundiales? He aquí un llamamiento a la juventud y la madurez de un pueblo orgulloso. La Vieja España cayó con la monarquía. La constitución parlamentaria ha desembocado en un caos de sangre y fuego. ¿Quién forjará la Nueva España, y en qué forma? He aquí la cuestión que, al parecer, debe resolverse de forma inequívoca.

Las repercusiones de la convulsión española se extienden mucho más allá de las fronteras de la Península. Hay causas en juego que, en diversos grados, inquietan a los pueblos de todos los países y dividen profundamente a los gobiernos de Europa. Se nos dijo que las guerras de religión habían terminado. Quizás hayan comenzado las guerras de las religiones rivales. El fascismo y el comunismo enarbolan sus propias banderas, y a ninguno le faltarán defensores ni mártires. ¿Cabe extrañarnos de que la Italia fascista y la Alemania nazi aplaudan o ayuden a los insurgentes españoles, o de que la Rusia bolchevique apoye la causa comunista? ¿Cuál es, entonces, la postura de las dos naciones liberales y parlamentarias de Occidente? ¿Qué rumbo tomarán Francia y Gran Bretaña? Gane quien gane en España, la libertad y la democracia serán las grandes perdedoras. Una España fascista revitalizada, en estrecha simpatía con Italia y Alemania, es una catástrofe. Una España comunista extendiendo sus tentáculos por Portugal y Francia es otra, y muchos temerán lo peor. El interés evidente de Francia y Gran Bretaña reside en una España liberal que, bajo un gobierno estable y tolerante, restablezca la libertad y la prosperidad para todo su pueblo. Difícilmente podemos esperar que esto suceda en nuestros días.

Mientras tanto, es de suma importancia que Francia y Gran Bretaña actúen conjuntamente, manteniendo la más estricta neutralidad y esforzándose por inducirla en los demás. Aunque Rusia aporte fondos a un bando, o Italia y Alemania a otro, la seguridad de Francia e Inglaterra exige una neutralidad absoluta y la no intervención de ambos. El apoyo francés a los comunistas españoles, o el británico a los rebeldes españoles, podría dañar profundamente los lazos que unen al Imperio Británico y a la República Francesa. Este tumulto español no nos concierne. Ninguna de estas facciones españolas refleja nuestra concepción de civilización. En nuestra precaria situación, no podemos permitirnos adoptar una visión sentimental ni sensacionalista. Todo lo que está ocurriendo fortalece a esas fuerzas malignas que, desde ambos extremos, amenazan la existencia de la democracia parlamentaria y la libertad individual en Gran Bretaña y Francia. Mantengámonos al margen, con una vigilancia redoblada y defensas cada vez más sólidas.

Fuera de España

21 de agosto de 1936

No me disculpo por volver a la cuestión española. El feroz drama, del que los periódicos nos ofrecen relatos tan escabrosos, avanza inexorablemente hacia su clímax. Capta cada vez más la atención y las emociones del mundo. Sin duda, el pueblo británico lo sigue con gran interés. La situación está más claramente definida que hace quince días. Es evidente que no se trata de una revuelta, sino de una guerra civil, y que se exige a Gran Bretaña la más estricta neutralidad e imparcialidad, pase lo que pase. La lucha está muy igualada y podría prolongarse. En general, por el momento, la ventaja parece estar apartándose del Gobierno. Es cierto que controlan Madrid. En casi todas las guerras de este tipo, el bando que ha mantenido la capital nacional ha ganado. Londres sofocó la Gran Rebelión contra Carlos I. París ha dominado repetidamente las revueltas en las provincias francesas. Washington resistió el ataque de la Confederación. Moscú demostró ser capaz de gobernar Rusia. Muchos otros ejemplos podrían citarse. El tiempo juega a favor del Gobierno y de Madrid. Su Milicia obrera debe estar ganando disciplina y conocimientos militares semana tras semana. A menos que los rebeldes, anticomunistas, patriotas o como se les llame, según el gusto y la simpatía, logren establecerse en Madrid en un futuro próximo, nadie puede predecir su victoria.

Por otro lado, parece seguro que la mayoría de los españoles están del lado de los rebeldes. Cuatro millones y medio votaron la primavera pasada por los diversos partidos conservadores de derecha y centro, frente a cuatro millones y cuarto que votaron por los partidos de izquierda. Cabe suponer que quienes entonces se oponían al socialismo constitucional son hoy aún más hostiles a las fuerzas comunistas, anarquistas y sindicalistas que ahora luchan abiertamente por el dominio absoluto en España. Hay amplias zonas de España que reeligieron a bloques enteros de diputados conservadores en las recientes Cortes. Alrededor de Burgos y Valladolid, alrededor de Cádiz y Sevilla, se asientan comunidades tan sólidamente conservadoras como las de nuestros condados cercanos a Londres. En estas regiones, los líderes militares cuentan con el apoyo de una población afín, con una clase media acomodada y una juventud audaz y combativa. En las provincias carlistas existen otras reservas de fuerza que ofrecen, como antaño en La Vendée, el espectáculo de un campo fervientemente unido en apoyo de la Iglesia y la Monarquía. Aquí se encuentran bases sólidas para los ejércitos rebeldes. La historia demuestra que los ejércitos sin el respaldo de la población civil son propensos al colapso. El movimiento contra los rojos no adolece de tal debilidad.

Desde el punto de vista puramente militar, los insurgentes cuentan con grandes ventajas. Disponen de tropas entrenadas, oficiales competentes y todo el sistema de mando militar. Fuimos testigos en Badajoz de su asalto a una ciudad fortificada y la aniquilación de los defensores, quienes contaban con un amplio arsenal de armas modernas y superaban en número a los atacantes por dos mil combatientes. La destreza y la disciplina de las tropas se han puesto de manifiesto en un centenar de escaramuzas. La opinión pública extranjera se ha escandalizado por el empleo de soldados moros en España. Pero ahora se trata de una cuestión de fuerza pura, despiadada y letal, y los sentimientos no importan mucho entre enemigos acérrimos en una lucha desesperada. Bayonetas y balas son los árbitros.

Los líderes opuestos a los rojos controlan casi todos los arsenales y fábricas de municiones de la Península. Sin duda, han recibido importantes suministros de municiones y aviones de Alemania e Italia. Cuentan con la firme amistad de Portugal, que los respalda a lo largo de toda su frontera occidental. Ahora disponen de una potencia naval en el norte, sin duda a la altura de la flota que

asesinó a sus oficiales en el sur. Todas las colonias españolas los apoyan con entusiasmo. A pesar de los aviones militares enviados por Francia en ayuda de Madrid, la Fuerza Aérea Antirroja está ganando terreno. Los antirrojos parecen estar cercando con firmeza los bastiones del gobierno: San Sebastián en un extremo del país y Málaga en el otro. Los cadetes militares y sus partisanos continúan su épica defensa del Alcázar de Toledo. Debemos suponer que generales experimentados como Franco y Mola, con sus estados mayores profesionales, tienen un plan bien elaborado para la toma o la reducción por hambre de Madrid, donde les aguardan numerosos simpatizantes, ahora aterrorizados.

Este frío análisis de la situación de lucha despiadada ha excluido toda consideración emocional. Continúan las masacres de las clases acomodadas y de los políticos conservadores en Madrid y Barcelona, así como de los sacerdotes allí donde los violentos rojos pueden atraparlos. El gobierno de Madrid, actuando bajo las órdenes de los extremistas, aún se siente lo suficientemente fuerte como para llevar a cabo los juicios formales y las ejecuciones de conocidos generales rebeldes. En el otro lado, estas crueldades se ven igualadas por represalias igualmente sangrientas e insensatas. En las casi incesantes guerras de la humanidad, la práctica de dar cuartel no surgió de sentimientos humanitarios. Se daba cuartel porque era rentable darlo; porque matar a hombres desesperados costaba demasiado. Es asombroso que el general Franco no se haya dado cuenta de la enorme ventaja que supone para el bando que vence ofrecer unas justas condiciones de rendición a los enemigos derrotados. Tal proceder habría ayudado notablemente al bando vencedor.

Parece como si el odio político hubiera cegado la sagacidad militar. He aquí el rasgo más oscuro de la guerra civil española. Ambos bandos están profundamente convencidos de que el futuro de España sólo puede construirse sobre el exterminio de miles, quizá decenas de miles, de sus oponentes. Esta rabia inhumana se manifiesta en cada acción, incluso en la más insignificante disputa aldeana. El odio de los comunistas hacia el orden social vigente, y el odio del orden vigente hacia los comunistas, ha borrado todas las leyes, todo vínculo entre los seres humanos, toda norma de la sociedad civilizada e incluso la prudencia común. Dos credos opuestos, de los cuales el cristianismo se retrae, se enfrentan en una lucha encarnizada. España no se desangró con la Gran Guerra. Se benefició de su neutralidad. El depósito de odio se colmó de veneno fermentado. Ahora presenciamos sus horribles manifestaciones. Sólo podemos rezar para que este delirio amaine o que se alcance pronto un resultado definitivo.

Debemos tener muy en cuenta las dificultades del Sr. Blum. Cabe esperar sinceramente que, incluso si Alemania e Italia, por un lado, y la Unión Soviética, por otro, envían ayuda a sus respectivas facciones y se enfrascan en una negociación hipócrita con propuestas de neutralidad colectiva, Francia adopte la misma actitud de distanciamiento que Gran Bretaña. Una grave divergencia entre las dos poderosas potencias parlamentarias del mundo occidental sería la peor catástrofe. Sea como sea que termine la convulsión española, Gran Bretaña y Francia se verán seriamente debilitadas y el creciente ascenso del nazismo se acelerará proporcionalmente. Es muy posible que en Europa se avecinen acontecimientos que releguen las noticias de España a un segundo plano. Por difícil que sea, sólo hay una regla para las potencias parlamentarias liberales: enviar ayuda humanitaria a través de la Cruz Roja a ambos bandos y, para lo demás, mantenerse al margen y armarse.

Una lección práctica sobre España

2 de octubre de 1936

La guerra civil española presenta ahora un panorama muy claro. La balanza se ha inclinado claramente, si no de forma decisiva, en contra del Gobierno. Durante las últimas seis semanas, toda la iniciativa ha recaído en los llamados rebeldes o nacionalistas, como prefieren ser denominados. Sólo ellos poseen fuerzas capaces de atacar con eficacia. El asalto a Badajoz fue la primera muestra de su temple. La larga y dura lucha por Irún demostró su cohesión y tenacidad. La heroica defensa del Alcázar reveló cualidades pocas veces igualadas en los anales de la guerra.

Al principio, los generales esperaban una victoria fácil e incluso incruenta. Elaboraron sus planes con meticulosidad. La carta del general Franco al ministro de Guerra, escrita tres semanas antes del levantamiento, muestra con qué seriedad advertía al Gobierno de los peligros hacia los que se adentraba. Es muy posible que él y los altos mandos militares, todos ellos fieles a la República, esperaran que el Gobierno, al verse debilitado, solicitara la ayuda del ejército. Quizás esto habría ocurrido si se hubieran ralentizados los acontecimientos; pero el asesinato del Sr. Calvo Sotelo fue la chispa que encendió la mecha.

Todo el ejército obedeció las órdenes de sus generales: los oficiales con fervor, los soldados con recelo. Sin embargo, todas las guarniciones se amotinaron obedientemente. Sólo en Barcelona, Madrid y San Sebastián se produjeron fracasos. Allí, la feroz movilización de socialistas, comunistas y anarquistas influyó en los soldados. Los oficiales fueron desarmados y arrestados, y decenas, incluso cientos, de fusilados a lo largo de las semanas. En el resto de la península, los militares han ganado o mantenido el control. Su avance ha sido continuo. Todos los objetivos que se han propuesto se han cumplido hasta ahora. No han cedido territorio en ningún lugar². Han sido lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo una enérgica campaña en el norte simultáneamente con su avance principal sobre Toledo y Madrid. Han derrotado a la milicia gubernamental en prácticamente todas las acciones y ahora cercan Madrid desde todos los frentes, a la que amenazan con asalto, hambruna o ambas cosas.

Mientras tanto, en el seno del Gobierno se ha producido una terrible degeneración. La situación del presidente Azaña y de quienes condujeron a España al abismo es angustiosa. Cometieron un crimen imperdonable al permitir que el sistema parlamentario encubriera el avance del comunismo y la anarquía. Socavaron toda fuerza estabilizadora. Semana tras semana, se hundieron en una impotencia cada vez mayor. Se aferraron a las responsabilidades del cargo mientras todos los medios para cumplirlas se les escapaban de las manos. Y entonces, de repente, se desató el infierno a su alrededor. En una sola mañana, se vieron envueltos en un feroz y sangriento tumulto. Los indefensos parlamentarios encontraron a sus únicos defensores en las oscuras fuerzas extremistas que se habían rebelado contra la República en 1934. Toda la autoridad real se arrebató de golpe a los ministros. A algunos se les permitió, o incluso se les obligó, a permanecer como títeres para dar una apariencia de constitucionalismo. En esta situación, presidieron la horrenda serie de matanzas nocturnas que despojaron al Gobierno de Madrid de toda apariencia de poder civilizado. Tras unas semanas de farsa, su presencia pudo ser obviada y se instauró abiertamente el gobierno directo de comunistas y anarquistas. El Sr. Largo Caballero, el «Lenin español», se dedica ahora a la doble tarea de impulsar la revolución marxista y defender el frente circular, cada vez más reducido, alrededor de Madrid.

2 Esta afirmación no es exacta: las milicias catalanas conquistaron la mitad oriental de Aragón, aunque fracasaron ante sus tres capitales de provincia. (Nota del editor digital.)

Una guerra civil de esta índole, donde los odios y las afrentas recíprocas alcanzan niveles increíbles, estaba casi destinada a verse empañada por la brutalidad militar de ambos bandos. Es necesario cierto discernimiento para juzgarla. Es un acto de barbarie negar cuartel a los heridos y a los combatientes capturados en armas, a menos que se demuestre que han cometido ultrajes contra las costumbres de la guerra. Pero de esto existen innumerables ejemplos en la historia de muchas naciones. La masacre de rehenes se sitúa en un plano definitivamente inferior. Y la matanza sistemática, noche tras noche, de opositores políticos indefensos y sin recursos, arrancados de sus hogares para ser ejecutados por el único delito de pertenecer a las clases opuestas al comunismo y haber gozado de propiedades y prestigio bajo la constitución republicana, se equipara a las torturas y los ultrajes infernales en el abismo más bajo de la degradación humana.

Aunque parece ser práctica de las fuerzas nacionalistas fusilar a una parte de sus prisioneros capturados en armas, no se les puede acusar de haber caído al nivel de cometer las atrocidades que son obra diaria de los comunistas, los anarquistas y el P.O.U.M., como se denomina a la nueva y más extremista organización trotskista. Sería un error, tanto en verdad como en sensatez, que la opinión pública británica equiparara a ambos bandos.

Siempre es temerario predecir el curso de los acontecimientos violentos. Sin embargo, no es fácil discernir fuerzas del Gobierno capaces de impedir la toma de Madrid, Málaga y Bilbao por las tropas de la Junta en un plazo relativamente corto. Una vez establecida la Junta en Madrid, toda España, excepto Cataluña, quedará bajo el control absoluto y soberano de un Gobierno y un ejército que, sin duda, contarán no sólo con una fuerza militar abrumadora, sino también con el apoyo incondicional de la mayoría de la nación, incluyendo a sus sectores más influyentes. Tal régimen será reconocido de inmediato por Alemania e Italia y aclamado con entusiasmo por la vecina Portugal. Bien podría ser que la fase final de la lucha sea una nueva guerra nacionalista librada por toda España para la reconquista de la Cataluña separatista. Tal es el panorama sombrío y desolador.

Un extraño sentimiento de fatalismo se apodera de estos combatientes españoles. Hombres de todas las clases sociales, en ambos bandos, aceptan su destino con dignidad y serenidad, absortos en una suerte de lirismo de la Muerte. Si es cierto que la hierba crece rápido en los campos de batalla pero despacio en los campos de exterminio, habrá muchos claros en España. Nadie puede cuestionar el valor de las milicias comunistas y anarquistas sin entrenamiento que se lanzan impetuosamente contra sus enemigos más competentes. Por otro lado, la defensa del Alcázar por sus invencibles cadetes quedará grabada para siempre en la historia de España. Si a una fibra tan tenaz y una devoción tan ilimitada los vencedores pudieran añadir la misericordia, quizá al final de su camino logren convertir a España en un hogar para todos sus habitantes.

Pero de ello, por el momento, no hay indicios.

La no-intervención en España

8 de enero de 1937

Cuando la Guerra Civil Española comenzó hace seis meses, el Gobierno británico, con el apoyo general, declaró su neutralidad, la cual ha respetado estrictamente desde entonces. Todo lo ocurrido posteriormente justifica y refuerza esta política. En primer lugar, hemos visto el empate en que se encuentra España, tanto en territorio como en potencia militar. En segundo lugar, ambos bandos han mancillado sus causas con crueldades indescriptibles. En tercer lugar, ninguno de los dos bandos representa en absoluto el punto de vista británico. La victoria de cualquiera de ellos en la actualidad podría significar una horrible masacre vengativa contra los vencidos. Los españoles han demostrado estar cegados por el odio.

Es probable que, gane quien gane, España sea, quizá durante años, un Estado débil y pusilánime, absorto en su propia recuperación. ¿Qué tiene que ver el pueblo británico con esto? ¿Acaso no tenemos ya suficientes problemas en otros frentes? ¿Es el estado de nuestras defensas tan extraordinario como para permitirnos involucrarnos en esta disputa? ¿Podríamos, como nación unida, tomar partido por uno u otro bando? Si con alguna acción nuestra contribuyéramos a la victoria de uno de ellos, ¿no deberíamos asumir la responsabilidad moral de las crueldades que el vencedor pudiera infligir?

Pero se dice: «Miren todos los soldados voluntarios, las armas y las municiones que Alemania e Italia envían al general Franco, y que Rusia y Francia envían o permiten que se envíen al Sr. Largo Caballero. ¿Acaso esto no demuestra que el conflicto en España se ha vuelto europeo? ¿Se puede permitir Gran Bretaña el mantenerse al margen? Si la cuestión que se debate en España es si triunfarán los dictadores nazis o los bolcheviques, ¿no debe Gran Bretaña tomar partido?» La respuesta es que nos oponemos por igual tanto al nazismo como al comunismo. Deseamos el retorno a una era liberal donde los parlamentos protejan la libertad, donde la ciencia abra las puertas de la sociedad a millones de personas y donde lo que Bismarck denominó «cristianismo práctico» mitigue el sufrimiento y las desgracias.

Cuando leo sobre la llegada masiva de nazis alemanes y fascistas italianos a España para masacrar a los abundantes bolcheviques rusos y comunistas franceses, deploro estas salvajes incursiones. Pero, en mi interior, no puedo dejar de creer que, si todos estos turistas armados se aniquilaran entre sí con la misma eficacia que Iván y Bulbul Amir³ hasta que no quedara nadie salvo los periodistas para contarlos, los intereses y la seguridad de Gran Bretaña no correrían peligro alguno.

Los defensores de la intervención británica argumentan, además, que si el general Franco vence con la ayuda de los dictadores nazis e italianos, España se convertirá en un nuevo foco de la tiranía y el poder nazis. Nos aseguran que una España germanizada y gobernada por Alemania amenazará Gibraltar y obligará a los franceses, ya de por sí acosados, a desarrollar un nuevo frente meridional a lo largo de los Pirineos. Sin embargo, de ello no se deduce que, si el general Franco gana, estará agradecido a sus aliados nazis y fascistas. Por el contrario, lo más probable es que el primer pensamiento de todo español patriota, una vez liberado de su terrible situación, sea escoltar a sus rescatadores hasta el puerto más cercano. Es posible que, una vez declarada la decisión de tomar las armas, el fuerte deseo de librar a la Península de los intrusos extranjeros se generalice en toda

3 Hace referencia a una canción humorística inglesa compuesta en 1877 durante la guerra ruso-turca. Cuenta el enfrentamiento entre dos bravucones, el ruso Ivan Skidar y el turco Bulbul Amir, en el curso del cual ambos perecen. (Nota del editor digital.)

España. Asimismo, puede existir la sensación, gane quien gane en España, de que Gran Bretaña, que ha intervenido únicamente por compasión y que en ese momento posee una abrumadora fuerza naval sin codiciar nada, sea probablemente un país con el que España desearía mantener relaciones excepcionalmente amistosas. Esta, en todo caso, es una esperanza razonable.

¿Es probable que Alemania envíe una parte importante de su ejército regular a España? Es cierto que Aníbal inició la Segunda Guerra Púnica estableciendo su base en España. Pero es sumamente improbable que el Estado Mayor alemán quisiera concentrar en España una docena, o incluso media docena, de sus divisiones regulares, todas ellas muy recientes. A menos que estas tropas pudieran someter a toda la nación española y la obligaran a trabajar en favor de los intereses alemanes —lo cual es altamente improbable—, todas las tropas alemanas en España serían rehenes de una superioridad naval. En cuanto a un ataque a Gibraltar, una guerra con el Imperio Británico es un asunto grave. Ciertamente, no sería sólo una base naval mediterránea la que estaría en peligro en tal eventualidad.

Por lo tanto, en todos los sentidos, debemos mantenernos firmes en nuestra neutralidad y hacer todo lo posible para persuadir al gobierno del Sr. Blum de que se adhiera a nuestra postura. La neutralidad no sólo significa abstenerse de brindar ayuda activa a una u otra parte. Significa una mentalidad serena y distante, una renuncia, por tentadora que sea, al partidismo. Esto también implica, en lo que respecta a Gran Bretaña, una disposición a aceptar un papel secundario, sin erigirse como líder ni actor principal. Debemos tener cuidado de no repetir en España la misma conducta ridícula de la que fuimos culpables hace un año con respecto a Abisinia. No debemos extralimitarnos en nuestras funciones ni en nuestros intereses. De nada sirve, una vez más, ilusionar a otras naciones y luego huir cuando las cosas se ponen feas. Es este recuerdo el que me inquieta al leer que hemos enviado «notas mordaces» y presentado «protestas enérgicas». Es en Ginebra, más que en España, donde mejor se podrá garantizar la paz mundial en 1937.

Mientras tanto, impulsemos nuestro rearme, pues el peligro mundial se agudiza.

¿Podrán las Potencias traer la paz a España?

2 de abril de 1937

Ni la guerra civil española ni sus repercusiones en Europa disminuyen con el paso de los meses. La prolongación del conflicto no favorece a Franco. Grandes peligros y numerosos fracasos han obligado a las diversas y feroces facciones de comunistas, socialistas y anarquistas, que controlan los gobiernos de Valencia y Cataluña, a someterse a una disciplina militar cada vez mayor. Los ejércitos que crecen y se refuerzan gracias a la concertación gubernamental, ya han adquirido capacidad de maniobra y ataque. Las llamadas Brigadas Internacionales, compuestas por los revolucionarios más fanáticos de Europa, con unos 25.000 hombres, apoyada por la poderosa aviación y los tanques rusos, ha infligido una grave y humillante derrota a un número igual de tropas regulares italianas. No cabe duda de que este revés a las pretensiones italianas ha causado satisfacción y júbilo en gran parte del mundo, incluso en aquellos lugares donde la victoria de Franco habría sido bien recibida. Los militares alemanes, cuya mala opinión de los italianos como soldados nunca se ha podido ocultar, han visto reavivadas e incluso intensificadas sus reservas sobre el valor de Italia como aliada.

Sin embargo, sería temerario suponer que estos voluntarios italianos, enviados a la fuerza al conflicto español sin ninguna causa nacional que los respaldara, y con su entusiasmo de camisas negras ya debilitado, sean realmente representativos de las cualidades del inmenso ejército italiano. Los soldados rasos no dan la vida con la misma facilidad con que los dictadores pronuncian discursos. Quienes saben con qué valentía lucharon los italianos durante la Gran Guerra en defensa de su patria, ciertamente no considerarán que nada de lo ocurrido en España atente contra el honor del ejército italiano, y el signor Mussolini tiene toda la razón al tratar el episodio con frialdad y como un contratiempo a su política, en lugar de como una grave herida a la nación. Un freno similar a la política lo ha impuesto el dictador alemán, Herr Hitler, quien deseaba con tanto fervor blandir la brillante espada de Prusia en España, y ha sido eficazmente contenido por sus propios jefes militares. Durante los últimos meses, se ha topado con una oposición firme pero resuelta por parte de los líderes del ejército a cualquier extensión indebida de su intervención en España, y no cabe duda de que al pueblo alemán no le agradaba que sus hijos fueran enviados a luchar en una contienda ajena a Alemania; y tampoco los propios jóvenes, en general, mostraron entusiasmo alguno por hacerlo.

A pesar de todo el fraude y la hipocresía que han puesto en ridículo al Comité de No Intervención de Mr. Eden, éste ha logrado una considerable limitación de la injerencia extranjera en España. Es más, ha preservado una apariencia de entendimiento, e incluso algo más que una apariencia, entre las grandes potencias cuyas simpatías se encuentran en bandos opuestos. Todo demuestra cuán acertada ha sido la postura de Gran Bretaña al mantenerse neutral y disuadir a nuestros amigos franceses de exaltarse demasiado. En efecto, quizá al señor Delbos le consoló poder deplorar ante sus exaltados izquierdistas la falta de imaginación apasionada de la democracia británica y la total ausencia de partidismo en el gobierno británico. Es necesario perseverar para reducir esta tragedia española a su verdadera dimensión y asegurar, en la medida de lo posible, que sólo corra sangre española. Esa sangre, por desgracia, sigue corriendo, no sólo en los frentes de batalla, sino en muchos más lugares. Las odiosas crueldades y asesinatos perpetrados por comunistas y anarquistas contra personas indefensas pertenecientes a clases cuya exterminio ansían, aún persisten en Barcelona. Las revelaciones de lo ocurrido durante el Terror Rojo en Málaga, donde quizá diez mil personas inocentes fueron brutalmente masacradas, han sido confirmadas

recientemente por un testigo británico creíble: el mayor Yeats-Brown⁴, conocido como el *Lancero bengalí*. Los cadáveres atados de rehenes masacrados, que el mar arroja a la costa francesa, hacen comprender al pueblo francés las horribles realidades del conflicto español.

Nadie puede dudar de que el Gobierno Nacionalista ha recurrido a duras represalias. La paz y el orden reinan en la mayor parte de la España Nacionalista, y la industria y la agricultura siguen su curso. Los trenes circulan. Se puede comprar libremente comida y gasolina. Todas las comodidades de la vida civilizada se manifiestan, pero la menor señal de descontento se reprime con ejecuciones rápidas y despiadadas. Resulta sorprendente que, tras todos estos meses de preparación, Franco no haya podido desplegar un mayor número de tropas disciplinadas. Fue un grave error permitir que las divisiones italianas soportaran el peso del ataque a Madrid, y es inconcebible que se hubieran utilizado de haber contado con fuerzas nacionales.

Es seguro que, si Franco vence, no estará en condiciones de interferir en los intereses británicos y franceses en el Mediterráneo. Estará completamente absorto en sus propios problemas internos. Los alemanes e italianos tendrán poca o ninguna influencia sobre la política española una vez que cesen los disparos. En efecto, el mundo podría presenciar entonces un ejemplo de ingratitud española a gran escala y de lo más provechoso. El poderío naval decidirá el futuro del Mediterráneo. La inmensa superioridad naval de Gran Bretaña y Francia debería eximirlos de importantes preocupaciones estratégicas. Las naciones liberales deberían poder mitigar las consecuencias para los vencidos de una victoria nacionalista; un triunfo que no puede que no se produzca. Por otro lado, el éxito de las fuerzas anarquistas y trotskistas, cuyos excesos Largo Caballero ha intentado en vano controlar, iría seguido de atrocidades de clase y partidistas que, durante muchos años, devastarían y despoblarían toda la Península Ibérica.

Hasta aquí, debemos aplaudir la política del Gobierno de Su Majestad. El hecho de que buques británicos, alemanes, franceses, rusos e italianos cooperen en una especie de bloqueo, y que sus embajadores dialoguen con calor, pero por ahora pacíficamente, en torno a una mesa en Whitehall, es notable y tranquilizador. La pregunta que todos deben hacerse es si no podrían algún día avanzar juntos para lograr algún tipo de acuerdo sobre España, que impidiera el triunfo de cualquiera de los dos bandos e instara, si no impusiera, algún compromiso y régimen bajo el cual el atormentado pueblo español pudiera encontrar pan, paz y un merecido olvido.

Tal arreglo, de lograrse mediante estas conversaciones, extendería sus beneficios al mundo entero.

4 Francis Yeats-Brown dedicó un capítulo a la guerra civil española en su libro [*La jungla europea*](#), publicado en 1939.

El camino de España hacia la paz

26 de noviembre de 1937

Un profundo y solemne silencio se extiende por la Península Ibérica. Durante semanas, apenas una salva de cañón ha perturbado los cientos de kilómetros de frente donde se encuentran dispersos los ejércitos de la España Nacionalista y los de la Republicana. Sin embargo, desde hace varias semanas, el general Franco podría haber trasladado a cien mil de sus mejores tropas, sus baterías italianas y su aviación alemana desde la costa vizcaína a cualquier punto del frente gubernamental que elija para una nueva gran ofensiva. Es indudable que se han producido movimientos de gran envergadura, y resulta sorprendente que el punto de ataque aparentemente haya permanecido en secreto para el mundo exterior. También es incierto si el golpe se asestará en las crueles condiciones del invierno en las montañas españolas o si se retrasará hasta la primavera.

La guerra está llena de sorpresas; pero ahora se reconoce generalmente que la España Nacionalista ha demostrado ser, de forma definitiva y contundente, el bando más fuerte. Los Nacionalistas controlan dos tercios del país y de su población. Tras sus líneas reina una paz ininterrumpida y una industria activa. Su peseta vale el doble que el papel moneda del Gobierno, aunque este último se basa en la totalidad de las reservas de oro de España. Sólo los ejércitos nacionalistas son dueños de la iniciativa estratégica y de la capacidad de lanzar ataques. Sólo ellos cuentan con poder naval. Desde hace tiempo, no existe justificación alguna, ni en la jurisprudencia ni en la política, para negar a la España nacionalista los derechos bélicos que le corresponden.

El Partido Socialista Británico insiste en que Franco no es más que un rebelde al frente de una banda de oficiales amotinados, apoyado por combatientes extranjeros procedentes de Alemania e Italia; y que lo que se opone a él es el Gobierno Parlamentario Constitucional de la República Española, defendido con fervor por la gran mayoría de la nación española, a excepción de los sacerdotes, la nobleza y los capitalistas. Este planteamiento, que nunca se ajustó remotamente a la verdad, se ha convertido ahora en un completo disparate. Resulta sumamente insensato que potencias neutrales como Gran Bretaña y Francia nieguen al Gobierno de facto de la mayor parte de España el grado de reconocimiento necesario para salvaguardar sus intereses comerciales y políticos. El nombramiento de agentes británicos en la España nacionalista sólo puede criticarse por su excesiva demora. Cabe esperar que este proceso continúe y se extienda, y que Francia lo imite, hasta que las dos grandes potencias parlamentarias liberales armadas hayan establecido relaciones igualmente convenientes y honorables con ambos bandos españoles.

En aras de la humanidad, durante mucho tiempo ha sido un error por parte de los partidos de izquierda, tanto en Gran Bretaña como en Francia, calificar de «rebeldes» y «fuera de la ley» a grandes grupos organizados de hombres armados y resueltos, a quienes el gobierno *de iure* puede ejecutar con justicia una vez capturados. Esta actitud no ha hecho más que intensificar la ferocidad del conflicto. Cuando a los hombres se les niega toda condición, es natural que, en su desesperación, demuestren su valía mediante el terror y muestren que, al menos, la fuerza está de su lado. Si Gran Bretaña desea mitigar los horrores de la Guerra Civil Española, es indispensable que mantenga relaciones diplomáticas amistosas formales con ambos bandos y que fomente por todos los medios la regularización de las condiciones de guerra entre los dos combatientes. Sólo así se podrá alcanzar la etapa preparatoria de la que pueda surgir una nueva vida para los españoles de todas las clases y trayectorias políticas.

Mientras tanto, durante el último año, se ha producido un notable avance hacia un sistema ordenado de gobierno y de guerra en el seno del Gobierno Republicano Español. Las vergonzosas

atrocidades cometidas por los extremistas en los días en que comunistas y anarquistas dominaban la escena política han sido reprimidas, y los anarquistas han sido sofocados por la fuerza. Comunistas, anarquistas y ciudadanos que apoyan al Gobierno se han integrado en un ejército disciplinado. Este ejército carece de eficiencia militar y no existe una flota gubernamental propia, debido al asesinato o ejecución masiva de casi todos los oficiales profesionales en manos del Gobierno durante los primeros meses de la lucha. Ahora cabe reconocer que esta matanza fue quizás un acto de miopía.

Pero se ha formado un ejército con una entidad coherente, una organización estricta y una jerarquía de mando. Es tan erróneo llamar a los gobiernos valenciano y catalán una turba de bolcheviques salvajes como calificar al movimiento nacionalista como un mero grupo de rebeldes, traidores y reaccionarios. Cuando en un país la estructura misma de la vida civilizada y social se ve destruida por odios atávicos, el Estado solo puede reconstituirse sobre un marco militar. La guerra, la maestra más dura de todas, es la única a la que se presta atención. De entre un torbellino de sucesos horribles, la estructura de una sociedad organizada resurge gradualmente. En su nuevo ejército, aún no puesto a prueba seriamente, la República Española cuenta con un instrumento no sólo de importancia militar, sino también política.

Además, la composición del Gobierno ha cambiado profundamente. El presidente Azaña sigue al frente; liberales, e incluso parlamentarios conservadores, han encontrado posible regresar a la España republicana. A la reunión de las Cortes de este año asistieron ciento ochenta miembros. El Sr. Indalecio Prieto es una figura destacada en toda España. Así, durante la cruel lucha, ambos bandos han avanzado firmemente hacia una expresión coherente del sentir español. ¿No es este el momento en que todos los verdaderos amigos de España deberían hacer todo lo posible por lograr la pacificación? ¿Qué podría ser más útil para esto que la restauración de una monarquía constitucional como garantía de que todos los españoles que no hayan cometido crímenes contra la moral encontrarán su lugar en la Nueva España? Esta semana, en Austria, mientras los monárquicos celebraban el natalicio del heredero Habsburgo al trono, fueron atacados por una coalición de nazis y comunistas. ¿Acaso este episodio no resuena con la idea de que la gran mayoría de los europeos desea ver desaparecer las tiranías totalitarias de la vida europea y, por lo tanto, se alegraría de ver a España recuperar un lugar unida e independiente entre las naciones más importantes?

Cabe recordar que, al comienzo de la Guerra Civil Española, el gobierno francés propuso, y el británico aceptó, la política de no intervención. Alemania, Italia y Rusia también estuvieron de acuerdo. Esto significaba que nadie debía ayudar a ninguno de los bandos. Al gobierno español se le negó el derecho a comprar armas con su propio oro. A ambos bandos se les negó la posibilidad de rearmarse. Esto supuso una gran ventaja inicial para el general Franco. Sin embargo, tal política debía ser respetada honorablemente por todas las partes. Italia, Alemania y Rusia la pusieron en ridículo. Sigo pensando que a ambos bandos se les debería haber concedido el derecho a rearmarse desde el principio, y que al gobierno español se le debería haber permitido comprar e importar todo lo que pudiera costear. Habiendo sido penalizados desde el principio, y habiéndose convertido la «no intervención» en una farsa, habrían sido tratados con aún mayor dureza si se le hubiera concedido el derecho a

rearmarse al general Franco en un momento en que esto le habría favorecido.⁵

5 Nota de Churchill en la recopilación de artículos.

Crepúsculo rojo en España

5 de abril de 1938

Otro acto de la tragedia española llega a su fin. El avance de los tres cuerpos del general Franco, atacando en un amplio frente, y la creciente desmoralización de las fuerzas republicanas, serán, a falta de una recuperación milagrosa, decisivos. Bajo el aplastante peso de la artillería y la aviación alemanas e italianas, toda resistencia se desmorona, y los gobiernos de Barcelona y Madrid pronto quedarán aislados, sin suministros procedentes de Francia ni del mar. Dada su escasez de municiones de todo tipo y su inmensa dificultad para alimentar a la población, los líderes republicanos harían bien en negociar las mejores condiciones posibles mientras haya tiempo y mientras aún conserven cierta capacidad de resistencia. Deberían solicitar sin demora la mediación de Gran Bretaña o Francia, o de ambas, y así evitar una matanza inútil en el campo de batalla y mitigar las consecuencias que se temen tras la subyugación de una mitad de España por la otra.

No cabe esperar ayuda de ninguna parte. Las fuerzas antinazis de toda Europa están tan intimidadas y desorganizadas que sólo pueden inclinar la cabeza en una sombría aquiescencia. La supremacía adquirida por las Potencias dictatoriales se puede medir por los dos comunicados italianos que aparecieron simultáneamente. El primero advertía a Francia en términos estridentes de los riesgos que correría al intervenir en España y la instruía sobre su responsabilidad de evitar una guerra europea. El segundo informaba de casi dos mil bajas en las divisiones italianas que participan en la actual ofensiva del general Franco; y todos saben, además, que la artillería y la aviación alemanas han sido decisivas en esta fase de la contienda. Así pues, las Potencias dictatoriales pueden hacer lo que quieran; los demás, nada. En este momento, los dictadores imponen sus leyes en Europa, y sus decretos son acatados obedientemente por las democracias parlamentarias.

Las simpatías británicas están divididas entre nacionalistas y republicanos españoles. Sectores influyentes del Partido Conservador consideran la causa de Franco como propia. Todos los partidos de la izquierda se sienten indignados por su triunfo. Pero sólo una pequeña minoría habría abogado por la intervención activa de Gran Bretaña, y de hecho, la división es tan profunda y equilibrada que ninguna acción coherente fue posible en ningún momento. Sólo podemos afirmar que hemos superado estos horribles episodios con las manos limpias; que hemos prestado ayuda a ambas partes con obras de clemencia; y que hemos cumplido fielmente nuestras declaraciones, tanto en la letra como en el espíritu. Es la violenta intrusión de los gobiernos alemán e italiano, con absoluto desprecio por todo vestigio de fe y honor internacionales, lo que deja una persistente sensación de agravio y engaño.

Pero miremos más allá de las agonías y horrores finales hacia la escena que aguarda al general Franco, y de hecho a toda Europa, al día siguiente de su victoria. Con la ayuda extranjera, y principalmente por ella, será el vencedor. Sus compatriotas vencidos yacerán postrados a sus pies. Entre las dos Españas corre un río de sangre, profundo y ancho. Sus arroyos y riachuelos recorren cada provincia, casi cada pueblo de la pedregosa y devastada península. La mayor parte no es sangre limpia derramada en una lucha justa. Asesinatos y ejecuciones por decenas de miles han dejado tras de sí su maldición y venganza. Un largo período de férrea represión y una miseria extrema es todo lo que aguarda al pueblo español en sus hogares desolados. Sólo un gran estadista, que se eleve por encima de las pasiones del momento y se arme con una autoridad augusta e independiente, podría reconstruir en estas condiciones. ¿Posee el general Franco estas cualidades?

Puede que sea cierto que las más negras atrocidades, como los bombardeos de Guernica y Barcelona, con su masacre indiscriminada de mujeres y niños, fueran obra de sus aliados. Los alemanes, en particular, estaban ansiosos por experimentar con el poder aéreo y averiguar, con curiosidad casi profesional, qué tipo de bombas eran las más adecuadas técnicamente para la destrucción de grandes ciudades o para atormentar a las poblaciones civiles. Tales aliados no son fáciles de controlar. Aun así, sobre los hombros de Franco recae la responsabilidad formal. ¿Pero tiene autoridad propia? Sin duda, una victoria total del Gobierno español habría desencadenado una segunda y feroz lucha interna entre los elementos moderados de sus filas y los comunistas y anarquistas, y posteriormente, nuevos enfrentamientos entre los propios comunistas y anarquistas. Pero Franco también rige unas fuerzas profundamente divididas. El instinto de supervivencia las ha unido. La victoria pondrá de manifiesto sus animosidades latentes. Entre los falangistas, los requetés y otros representantes de la vieja España arde una feroz rivalidad y una completa diversidad de ideas. Este es el cisma que dominará la nueva fase. Aquí también, la lucha por el poder entre los vencedores podría resolverse por sí sola si se limitara exclusivamente a los españoles.

¿Pero qué papel jugarán los invasores extranjeros? Con el tiempo suficiente, cabría esperar una movilización general de los españoles de todas las clases sociales —vencedores y vencidos por igual— contra ellos. Un fervor xenófobo podría unir a todos los partidos y a ambos bandos bajo el grito de «¡España para los españoles!» Pero esto tardaría en desarrollarse, y muchas cosas ocurrirán mientras tanto. ¿Se irán los italianos? Ciertamente, ya son impopulares entre aquellos a quienes ayudan. El signor Mussolini es incontable en sus garantías al gobierno británico de que retirará sus fuerzas y de que Italia no tiene ambiciones territoriales, económicas ni políticas sobre España. Es posible que las negociaciones anglo-italianas den este fruto.

¿Pero qué hay de los alemanes? No han combatido en el campo de batalla, pero su asistencia técnica altamente competente ha permeado todos los rincones del sistema y la administración nacionalistas. Cuentan con una fuerza aérea muy poderosa y eficiente en España. Sus aeródromos se encuentran a poca distancia de las fábricas de municiones del sur de Francia. En cualquier momento pueden atacar la gran ciudad de Toulouse como atacaron Barcelona. Serán dirigidos desde Berlín de acuerdo con el plan general de expansión nazi y, por supuesto, en función de cualquier guerra inminente. Sería natural que intentaran imponer al general Franco y a las fuerzas a su disposición el sistema y las características nazis, y en esto los falangistas serán sus instrumentos. Incluso si Franco deseara un curso más misericordioso y un sistema de carácter español, estos formidables y eficientes intrusos que estimulan y guían el movimiento falangista bien podrían ser demasiado fuertes para él. Una España completamente nazificada, que conserve su núcleo alemán, sería motivo de profunda preocupación tanto para Francia como para Gran Bretaña. En cualquier caso, parece ser un asunto que deberían esforzarse en resolver, si es que aún conservan la facultad de actuar.

La úlcera española

30 de diciembre de 1938

¿No es hora ya de que haya paz en España? ¿Y no es este el momento en que todos los que se preocupan por España deberían intentarlo? Por supuesto, el interés de Gran Bretaña reside en la solución pactada de esta horrible guerra civil. Incluso se ha convertido en un interés primordial del Imperio Británico. La disputa española no solo es un asunto delicado, sino que la acción política británica se volvería más coherente una vez que desapareciera la inclinación de clases y partidos hacia uno u otro bando en España.

La mayor parte de los conservadores admiran al general Franco; todas las fuerzas de la izquierda son fervientes defensoras de la República. La diferencia entre la duquesa de Atholl y los conservadores escoceses en las elecciones parciales de Perth comenzó con España. El sector dominante en esas regiones consideró su vehemente simpatía por el gobierno español como una prueba de que estaba casi dispuesta a introducir el bolchevismo en Gran Bretaña, confiscar sus propiedades, profanar sus iglesias y, si fuera necesario, degollarlos. Nada ha reforzado más el poder del Primer Ministro entre la clase alta que la creencia de que simpatiza con el general Franco y la causa nacionalista en España. Sin embargo, estos sentimientos, en ambos bandos, podrían sobrepasar los intereses británicos. Al parecer, hoy en día el Imperio Británico correría mucho menos riesgo con la victoria del gobierno español que con la del general Franco.

Siempre me ha disuadido apoyar la causa de cualquiera de los dos bandos en España el temor a lo que le ocurriría al vencido. El panorama de una España de Franco o una España de Negrín, con la mitad de la nación española derrotada y oprimida, siempre me ha parecido tan sombrío y cruel que, al no ser español, no me convertiré en partidario de ninguno de los dos. Pero hay que admitir que si en este momento el Gobierno español resultara victorioso, estaría tan ansioso por mantener buenas relaciones con Gran Bretaña, y encontraría tanta simpatía entre el pueblo británico, que probablemente podríamos disuadirlo de la venganza que habría acompañado su triunfo al principio de la contienda. Por otro lado, si Franco ganara, sus patrocinadores nazis lo empujarían a la misma clase de brutales represiones que se practican en los Estados totalitarios.

La victoria de los republicanos españoles, por lo tanto, no solo representaría una seguridad estratégica para las comunicaciones imperiales británicas a través del Mediterráneo, sino que fuerzas más amables y conciliadoras desempeñarían un papel más relevante. Gran Bretaña tendría gran influencia sobre la República Española. La Alemania nazi mantendría, o intentaría mantener, a Franco bajo su control. El carácter del Gobierno español ha cambiado notablemente desde los primeros meses de la Guerra Civil. La monstruosa incapacidad para mantener el orden, que fue la principal justificación de la revuelta militar, ha sido sustituida en esta lucha por la supervivencia por una férrea disciplina. Mientras que en la mayoría de los conflictos de esta índole las fuerzas más extremistas han ido ganando poder y volviéndose más violentas, en Barcelona y Valencia ha ocurrido lo contrario. Allí, las influencias liberales y moderadas han crecido, y los doctrinarios y asesinos anarquistas y comunistas se ven sometidos mensualmente a la sana moderación del servicio militar, impuesto por la imperiosa necesidad.

Si bien al principio el general Franco parecía defender una España civilizada y unificada, su dependencia forzada de la ayuda alemana e italiana ha vuelto a dotar a la República Española, en gran medida, de la identidad nacional. Ambos bandos son conscientes del reproche de ser antiespañoles. Su propaganda ahora examina con creciente atención los elementos de ayuda extranjera en las filas opuestas. El general Franco se avergüenza profundamente de su dependencia

de alemanes e italianos. Sus defensores señalan, con razón, a las numerosas personalidades rusas y marxistas internacionales que figuran en los estados mayores del Ejército Republicano. El Gobierno español se muestra extremadamente sensible a este respecto. La concentración y posterior disolución de las Brigadas Internacionales en plena batalla fue un acto de fe del que todos los españoles tomaron nota.

Por parte de Franco, la impopularidad de los contingentes italianos y de los altamente competentes agentes, oficiales, artilleros y aviadores nazis está provocando una creciente tensión; pero esto no los hace menos indispensables. La expulsión de la península ibérica de todos los extranjeros que se han inmiscuido en la disputa interna es el anhelo más profundo de la nación española en su conjunto y, sin duda, desde el punto de vista británico, un objetivo sólido y duradero. Por tanto, en todos los sentidos —estratégico, humanitario y moral— Gran Bretaña, si se viera obligada a elegir, debería hoy mismo acoger con satisfacción la victoria del bando en España que menos dependa de los extranjeros. Pero ¿por qué habríamos de elegir? ¿Y por qué habrían de elegir los españoles? ¿Acaso no comparten un interés común e imperioso en una paz verdadera, en una reunificación duradera basada en la independencia, la integridad y la restauración de su patria?

Y ahora volvamos la vista atrás, más allá de las nubes de la guerra y de los cadáveres que cubren los campos de batalla y de los que yacen a los pies de tantos muros de prisiones. Nada es más cierto que España jamás deseó esto. Un terrible malentendido, producto de fallos y excesos que bien podrían haberse controlado en el seno de un Estado más fuerte, desató la furia de la revuelta sobre un pueblo orgulloso, que, con sus dones y virtudes, es parte inseparable de la familia europea. Se olvida que Franco fue un destacado general de la República Constitucional Española. Varias semanas antes del estallido, en una notable carta publicada en la prensa británica, advirtió al Gobierno de los peligros que la creciente ola de anarquía y la debilidad del Ejecutivo acarrearían al país. El colapso del juego político y parlamentario, donde la pelota se lanzaba de un lado a otro en el fango, llevó a los jefes militares, apoyados por todas las fuerzas sociales de la vieja España, a llevar a cabo uno de esos «pronunciamientos»⁶ con tantos precedentes, algunos de ellos muy satisfactorios, en la historia moderna de España. El golpe de Estado militar fracasó. El Gobierno se desintegró en la sangrienta furia de la multitud. Miles de ejecuciones arrastraron al pueblo español a las profundidades, oscuras y amargas aguas turbulentas.

Una vez enfrentados, sus virtudes de constancia y valentía, así como su insensible indiferencia ante el dolor humano, agravaron su situación. Una guerra larga, feroz y obstinada está devastando la patria. Cada bando tiene un historial de atrocidades que reprochar al otro. En ambos bandos, miles de hombres y mujeres han jurado hasta el último aliento vengar a algún ser querido —padre, esposo, hermano, hijo— masacrado, con demasiada frecuencia a sangre fría. Una siniestra lógica de venganza impera. ¿Pero cuándo concluirá? Hoy, tras más de dos años de combates sangrientos, nadie puede predecir quién ganará. Sin embargo, todos pueden estar seguros de que España perderá.

Las deudas jamás podrán saldarse. No aquí, en este mundo, al menos, puede impartirse justicia por ninguno de los dos bandos. Sólo pueden unirse, impulsados por su furia, para obtener los fatales premios de la muerte y la ruina para todos. La victoria de Franco habrá de ir seguida de una feroz lucha entre las valientes fuerzas religiosas de la vieja España: los románticos y aguerridos requetés, por un lado, y los falangistas, apoyados por Alemania, para quienes el noble y trágico nombre del joven Primo de Rivera se ha convertido en objeto de culto, por el otro. ¡De nuevo, un futuro de pura destrucción! Pero miremos al otro lado de las líneas. Los anarquistas y los comunistas, actualmente acordes por un férreo instinto de supervivencia, reanudarán en el momento del éxito su lucha, tanto entre sí como contra el Gobierno republicano. El triunfo de cualquiera de los dos partidos, por completo que sea, no hará sino pasar una página sangrienta para hacer lo mismo con la siguiente.

6 En español en el original.

¿Acaso España no necesita a todos sus hijos? ¿Acaso su antigua grandeza no clama desde el pasado por la ayuda de todos los hombres y mujeres de bien de la patria? La tenaz e inquebrantable infantería republicana que defendió las trincheras alrededor de Madrid y al otro lado del Ebro, los intrépidos catalanes con su larga historia, los desafortunados, desorientados y desconcertados vascos, los heroicos cadetes invencibles en el Alcázar, los generales patriotas del antiguo ejército, sus oficiales y fieles soldados: todos comparten un principio común que debería eclipsar el olor a sangre recién derramada. ¿Por qué habrían de ser incompatibles los ideales de religión y monarquía con los de libertad y democracia? Todos fluyen con generosidad en nuestra isla. ¿Por qué no habrían de mezclarse armoniosamente en la Península Ibérica?

¡Ahora es el momento! Ahora, mientras la cuestión aún pende de un hilo. Ahora, mientras los frentes están cerrados en pleno invierno, ahora, antes de que la enorme sombra de los antagonismos europeos oscurezca aún más el panorama, ahora, que los españoles se unan y, mediante un sublime acto de sacrificio, salven la tierra que tanto aman.

Esperanza en España

23 de febrero de 1939

Todos deben desear ahora una pronta solución en España, y si los gobiernos británico y francés pueden contribuir a ello, merecerán el agradecimiento de todos. Sin duda, en esta coyuntura estarían en derecho de utilizar el mecanismo del Reconocimiento para obtener un trato misericordioso para el bando derrotado. Aunque el general Miaja y el Ejército de Madrid tal vez sean capaces de mantener una sólida resistencia durante varios meses, no podrán evitar la victoria final del general Franco y los nacionalistas. ¿De qué servirá entonces un nuevo período de crueldad y derramamiento de sangre, con los españoles desgarrando las entrañas de su patria?

Los españoles deben unirse. Deben planificar vivir como un solo pueblo en su vasta península. Deben retomar el contacto con su historia. Deben recuperar su participación en la expansión económica mundial. ¿Quién se beneficiaría de una prolongación de esta tortura autoinfligida? Ciertamente, ningún verdadero amigo de España. Un odio virulento, fruto de las tensiones sociales, creció durante una generación en España. El vehículo del debate parlamentario ya no pudo soportar la carga; se averió. Una corriente eléctrica se volvió demasiado fuerte para el cable; se fundió. Una sociedad muda de ira sólo pudo expresarse mediante la guerra. España tuvo su guerra. Algunos dicen que se perdieron un millón de vidas en una población no demasiado grande para el solar histórico en el que moran. Ninguno de los bandos, generales o republicanos, jamás imaginó que esta atrocidad se abatiría sobre su país. Estalló sobre ellos con toda la asombrosa fuerza de una explosión. Después, todos tuvieron que elegir bando, agachar la cabeza y enfrentarse a la tormenta. Hay momentos en la historia de cada país en que un frenesí catastrófico puede desestabilizar a todos los hombres.

Entonces llega la espada. Estalla la guerra civil. La tolerancia desaparece; miles caen en batalla; miles más son fusilados contra la pared o vilmente asesinados en la cuneta. Se encienden innumerables rencillas; se acumulan deudas que jamás podrán saldarse. Pero, finalmente, los ejércitos regulares entran en combate. La disciplina y la organización se imponen con firmeza en ambos bandos. Marchan, maniobran, avanzan, retroceden, con todo el valor propio de las principales razas de la humanidad. Pero aquí hay nuevas estructuras de vida nacional erigidas con sangre, sudor y lágrimas⁷, que no son diferentes y, por lo tanto, son capaces de unirse. ¿Qué ventaja se puede obtener yendo más allá? Es hora de detenerse.

Un eminente español, el Sr. Madariaga, ha lanzado una advertencia sugestiva a los entusiastas extranjeros y a los entrometidos de toda índole. Que tengan cuidado de no prolongar, en su despreocupación, la agonía del pueblo español. Que dejen de considerar a España como una plaza de toros donde las ideologías fascistas y comunistas se exhiben a costa de España. Él, y probablemente noventa y nueve de cada cien españoles, piden que se deje a España en paz para que resuelva su conflicto a su manera. Esta es la actitud española que ahora se enfrenta tanto a las democracias occidentales como a las potencias fascistas y nazis. Sobre este punto, cabe hacer algunas observaciones.

Al comienzo de la Guerra Civil Española, que inicialmente se manifestó como una revuelta militar contra la inminente anarquía, nos sorprendió súbitamente que el gobierno francés de Blum propusiera la no intervención, la cual impedía al gobierno español adquirir en el extranjero incluso las armas que había encargado antes del estallido, para lo cual disponía de fondos suficientes. Tal

7 «...upon blood, sweat and tears...» Churchill reutilizará al año siguiente, con una añadidura, aplicándola al propio Reino Unido, esta que se hará famosa expresión. (Nota del editor digital.)

política exigía igual desapego y buena fe por parte de los Estados dictatoriales. Estos no se materializaron, y se ha mantenido laboriosamente un elaborado sistema de hipocresía oficial. Durante todo el largo periodo de la guerra, Alemania e Italia apoyaron descaradamente a Franco, no sólo con armas, sino también con hombres. Durante ese mismo periodo, Rusia y Francia suministraron clandestinamente provisiones a los republicanos. Gran Bretaña fue la única que se mantuvo al margen, intentando ser imparcial.

Mientras el resultado de la guerra estuvo en vilo, habría sido un error que Gran Bretaña se inclinara por alguno de los bandos. Hace tan solo unos meses, cuando Cataluña, montañosa y aislada, aún permanecía invicta, el reconocimiento británico de la España de Franco habría sido un acto de parcialidad. Ahora, la situación es muy distinta, y deben tenerse en cuenta los principales intereses de Gran Bretaña. Estos intereses son evidentes para todo el mundo. Buscamos una España unida e independiente, que se desarrolle plenamente al margen de Europa. Para ello, es fundamental que no se inflija ninguna represalia cruel a los vencidos. El interés del Imperio Británico es, de hecho, idéntico al de toda España. La paz, la prosperidad y la independencia de España son nuestros únicos anhelos.

Pero para lograrlo, debemos estar preparados para realizar esfuerzos, incurrir en gastos y correr riesgos. La neutralización en España de las disputas que abundan en el mundo moderno reviste igual interés para el Imperio Británico y para la República Francesa. Por lo tanto, las dos democracias aliadas deberían avanzar con facilidad y naturalidad por la senda de la paz española y del beneficio general. No existe ningún peligro adicional, sino más bien el camino hacia una mayor seguridad, al seguir esa senda con firmeza y resolución. A España le dirigimos la máxima del gran Pitt: «Sé un solo pueblo». Para el mundo exterior, nuestra política debería ser «las manos fuera de España».

Es imposible predecir el curso de los acontecimientos en España. El triunfo del general Franco sólo le abre un panorama de nuevas dificultades. No puede vivir del terror. La mitad de una nación no puede exterminar ni subyugar a la otra mitad. Debe reconciliarse con el resto de sus compatriotas. Le conviene profundamente hacerlo. En varias ocasiones he recordado a mis lectores que Franco era un general republicano que advirtió claramente al Gobierno español de la anarquía política hacia la que se estaba precipitando. Ahora tiene la oportunidad de convertirse en un gran español del que dentro de cien años se escribirá: «Unió a su país y reconstruyó su grandeza. Además, reconcilió el pasado con el presente y mejoró la vida de los trabajadores, preservando la fe y la estructura de la nación española». Semejante logro se equipararía en la historia a la obra de Fernando e Isabel y a las glorias de Carlos V. El firme apoyo de Gran Bretaña y Francia le ayudaría en esta tarea.

Queda por considerar la grave cuestión de si este proceso sanador, compasivo y regenerador se verá obstaculizado por los dos dictadores. No es grato oír que se oponen al restablecimiento de una monarquía constitucional y limitada en España. Parece que situar el cargo supremo del Estado español por encima de la ambición privada conferiría una estabilidad invaluable para la reconstrucción española. Ofrecería un punto de encuentro en torno al cual podrían centrarse nuevas lealtades, y bajo el cual las antiguas disputas políticas podrían quedar relegadas a un nivel inocuo, o incluso caer en el olvido. Naturalmente, la democracia británica, que vive plácidamente bajo una antigua monarquía, goza de la máxima libertad política y tiene más comida en sus hogares que cualquier otra nación europea, se inclinaría a favor de tal solución. Ciertamente, no es una que podamos imponer a España. Tenemos nuestras opiniones y nuestra larga experiencia; pero no nos corresponde prescribir.

Que España pueda recuperar la cordura y la salud sin injerencia extranjera no depende de nosotros, ni de Francia, sino del ajuste general o del resultado de la crisis europea. Pronto estaremos mejor informados sobre este asunto más amplio.

Después del mensaje del Presidente Roosevelt

20 de abril de 1939

Parece difícil creer que los dos dictadores rechacen la oferta justa y amistosa que les extendió el presidente Roosevelt desde el otro lado del océano⁸. Sin embargo, hasta el momento no hay indicios de que la acepten con el mismo espíritu con el que fue formulada. Si finalmente tuviéramos

8 Su Excelencia Adolf Hitler, Canciller del Reich Alemán.
14 de abril de 1939

Estoy seguro que usted puede darse cuenta, que en todo el mundo cientos de millones de seres humanos viven hoy con el temor constante de una nueva guerra, o incluso de una serie de guerras.

La existencia de este temor y la posibilidad de un conflicto son de interés sin ninguna duda para la población de los Estados Unidos en cuyo nombre hablo, aunque también debe ser para los pueblos de las otras naciones de todo el hemisferio occidental. Todos ellos saben que cualquier guerra importante, aún si estuviera limitada a otros continentes, tendrían un gran peso en el transcurso de su vida y también en la vida de las generaciones venideras.

Debido al hecho de que después de la aguda tensión en la que el mundo ha estado viviendo durante las últimas semanas, pareciera que hay por lo menos un relajamiento momentáneo, porque en la actualidad no hay movimientos de tropas, es por lo tanto, un momento oportuno para que le envíe este mensaje.

En una ocasión anterior me he dirigido a usted en aras del apaciguamiento político, económico, y de los problemas sociales usando medios pacíficos y sin recurrir a las armas.

Pero la marea de los acontecimientos parece haber vuelto a la amenaza de las armas. Si continúan esas amenazas, parece inevitable que gran parte del mundo participe en la ruina común. Todo el mundo, las naciones vencedoras, las naciones vencidas y las naciones neutrales, van a sufrir las consecuencias. Me niego a creer que el mundo es, por necesidad, como un prisionero de su destino. Por el contrario, es evidente que los dirigentes de las grandes naciones que tienen el poder para liberar a sus pueblos del desastre inminente. Es igualmente claro que en sus propias mentes y en sus propios corazones, los propios pueblos desean que sus temores terminen.

Es, sin embargo, infortunadamente necesario tomar conocimiento de los hechos recientes.

Tres naciones de Europa y una en África han visto su existencia independiente terminada. Un vasto territorio de otra nación independiente del Lejano Oriente ha sido ocupada por un Estado vecino. Los informes, que espero que no sean ciertos, insisten en que se están contemplando nuevos actos de agresión en contra de otras naciones independientes. Claramente, el mundo se está moviendo hacia el momento en que esta situación terminará en una catástrofe, a menos que se encuentre una forma más racional de conducir los acontecimientos.

Usted ha afirmado reiteradamente, que usted y el pueblo alemán no tiene ningún deseo de ir a la guerra. Si esto es verdad no habrá necesidad de una guerra.

Nada puede convencer a los pueblos de la tierra que cualquier poder gobernante tiene el derecho o la necesidad de infligir por su cuenta las consecuencias de la guerra a cualquier otro pueblo, salvo debido a causas de evidente defensa propia.

Al hacer esta declaración, nosotros los estadounidenses no hablamos por egoísmo o por miedo o por debilidad. Si hablamos ahora es con la voz de la fuerza y por la amistad hacia la humanidad. Todavía está claro para mí, que los problemas internacionales se pueden resolver en la mesa del conferencias.

Por lo tanto, no hay respuesta al pedido de debate pacífico por una parte para pedir que a menos que se reciban seguridades, de antemano, de que el veredicto les será favorable, no dejarán de lado las armas. En las salas de conferencias, como en los tribunales, es necesario que ambas partes inicien la discusión de buena fe, asumiendo que la justicia sustancial beneficiará a ambas partes, y es habitual y necesario que dejen las armas fuera de la sala mientras conferencian.

Estoy convencido de que la causa de la paz mundial avanzaría grandemente si las naciones del mundo obtuvieran una declaración franca en relación con el presente y el futuro de la política de los gobiernos.

Debido a que los Estados Unidos, como una de las naciones del Hemisferio Occidental, no está involucrado en las controversias que han surgido hace poco en Europa, confío en que usted pueda estar dispuesto a hacerme, como jefe de una nación muy apartada de Europa, tal declaración de su política, con el fin de que yo, actuando sólo como un amigable intermediario, pueda comunicar esa declaración a otras naciones en estos momentos temerosas en cuanto al curso de la política que su Gobierno puede tomar.

¿Está dispuesto a ofrecer garantías de que sus fuerzas armadas no atacarán o invadirán el territorio o posesiones de las siguientes naciones independientes: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Suecia, Noruega, Dinamarca,

que reconocer que ha sido rechazada con desprecio a los Estados Unidos, quedaría claro que las grandes esperanzas del mundo habrían recibido un duro golpe. Los dos dictadores y sus aliados se habrían colocado, junto con sus allegados, en una categoría aparte. Habrían demostrado que sus intenciones son oscuras y maliciosas; que los procesos amistosos son inútiles; y que la civilización pronto deberá resistir el ataque de hombres desesperados. Tal rechazo demostrará incluso a los más escépticos que las dictaduras nazi y fascista no confían en que sus supuestos agravios y evidentes ambiciones resistan una investigación rigurosa.

Si, lamentablemente, esto resultara cierto, no obstante debemos considerar el mensaje de paz del Presidente como una valiosa contribución a la causa de la seguridad colectiva. Todos los treinta Estados a los que apeló, salvo aquellos asolados por el terror nazi, tenderán a alinearse con la paz y el derecho. Los recalcitrantes se verán, en gran medida, en aprietos. El proceso de consolidación de una gran alianza de Estados pacifistas contra nuevas agresiones recibirá un notable impulso en Europa. Las crecientes convicciones del pueblo estadounidense se fortalecerán proporcionalmente. Podemos estar seguros de que Estados Unidos no intervendrá en ninguna disputa británica o europea. Pero parece que están desarrollando una opinión muy firme al respecto. Al momento de escribir estas líneas, sólo podemos esperar que el señor Hitler y el señor Mussolini, apoyados por sus Ribbentrop y Cianos, no permitan que este nuevo rayo de esperanza se extinga sin comprender que quizá no vuelva a brillar.

Mientras tanto, nuestra atención se centra naturalmente en la actitud del general Franco. No cabe duda de que su postura es muy diferente a la que adoptó durante la crisis de septiembre. Entonces, para gran disgusto del señor Hitler, se declaró resuelto a ser neutral. Pero en aquel

Países Bajos, Bélgica, Gran Bretaña e Irlanda, Francia, Portugal, España, Suiza, Liechtenstein, Luxemburgo, Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Rusia, Bulgaria, Grecia, Turquía, Irak, las Arabias, Siria, Palestina, Egipto e Irán?

Esta garantía debe aplicarse claramente no sólo para el día de hoy, sino también para un futuro lo suficientemente largo como para dar a cada uno la oportunidad de trabajar con métodos pacíficos para lograr una paz más permanente. Por lo tanto, sugerimos interpretar la palabra «futuro» para aplicarla a un período mínimo de seguridad de los años de no-agresión de por lo menos diez años hasta cuando menos un cuarto de siglo, si nos atrevemos a mirar tan lejos.

Si esta garantía fuera dada por su Gobierno, la que deberá remitirla inmediatamente a los gobiernos de las naciones que he nombrado, yo podría simultáneamente preguntarles si, como estoy razonablemente seguro será, cada uno de los países enumerados, a su vez den similares garantías para transmitírselas a usted.

Las garantías recíprocas, como las he señalado, traerán al mundo una medida de inmediato alivio.

Propongo que si se dan, dos problemas esenciales deberían ser rápidamente discutidos en las inmediaciones de la paz resultante, y en esos debates el Gobierno de los Estados Unidos estaría encantado de participar.

Las discusiones que tengo en mente se refieren a la manera más efectiva e inmediata a través del cual los pueblos del mundo pueden obtener alivio progresivo de la aplastante carga de armamento que está llevando cada día más de cerca al borde de la ruina económica. Simultáneamente, el Gobierno de los Estados Unidos estaría dispuesto a participar en los debates mirando hacia la forma más práctica de la apertura de avenidas para el comercio internacional a fin de que todas las Naciones de la tierra puedan ser activadas para poder comprar y vender en igualdad de condiciones en el mercado mundial, así como poseer seguros para obtener los materiales y productos para llevar una vida económica pacífica.

Al mismo tiempo, los otros Gobiernos además de los Estados Unidos y que están directamente interesados, podría emprender tales discusiones políticas según lo consideren necesario o conveniente.

Reconocemos los problemas complejos del mundo que afectan a toda la humanidad, pero sabemos que el estudio y discusión de los mismos debe realizarse en un ambiente de paz. Este ambiente de paz no puede existir si las negociaciones se ven eclipsadas por la amenaza de la fuerza o por el temor a la guerra.

Creo que usted no malinterpretará el espíritu de franqueza con el que envío este mensaje. Los Jefes de grandes gobiernos en esta hora crucial, son literalmente responsables del destino de la humanidad en los próximos años. Ellos no pueden dejar de oír las oraciones de sus pueblos a estar protegidos contra el caos previsible de la guerra. La historia los hará responsables por la vida y la felicidad de todos, incluso hasta de los más pequeños.

Espero que su respuesta será posible para que la humanidad pierda el miedo y recupere la seguridad por muchos años por venir.

Un mensaje similar está siendo dirigido al Jefe del Gobierno Italiano.

Franklin D. Roosevelt

momento se enfrentaba a una lucha a vida o muerte con la España republicana, y todos sus ejércitos estaban desplegados en los extensos frentes de la Guerra Civil. Ahora que toda la resistencia republicana ha sido aplastada, puede que se sienta menos condicionado por las necesidades locales y, al mismo tiempo, más atrapado en manos nazis y fascistas. El ala derecha conservadora británica, que le ha brindado un apoyo tan apasionado, debe estar ahora presa de muchas dudas. No cabe duda de que se están realizando todo tipo de preparativos potencialmente hostiles frente a Gibraltar. Llegan informes, no confirmados por las autoridades, sobre concentraciones de tropas y la preparación de aeródromos tras los Pirineos, así como de bases de submarinos en la costa norte de España.

Sin duda, nos están engañando sobre la retirada de las tropas italianas. Todas debían marcharse, a más tardar, cuando terminara la guerra. Se suponía que partirían a mediados de abril; sin embargo, en lugar de partir, desembarcaron numerosos refuerzos italianos. Pero nos aseguraron que esto era sólo para el desfile de la victoria y la entrada triunfal en Madrid. Una vez más, hay aplazamientos. Un evento tan gozoso, al parecer, no puede apresurarse. Estaba previsto para el 2 de mayo; ahora se ha pospuesto hasta el 15 de mayo. Mientras tanto, el Gobierno italiano es derrochador en sus garantías de que cumplirá la palabra que le ha dado al Sr. Chamberlain y al Gobierno británico. Estas garantías, por supuesto, no valen en sí mismas ni el aliento que se pronunció.

Hay otro aspecto en el que nuestras relaciones con el general Franco son peores que en septiembre. En aquel entonces, el Marruecos español estaba prácticamente indefenso, y no habría sido difícil para una fuerza francesa o anglo-francesa tomar posesión de las baterías pesadas erigidas en el lado africano. Pero ahora un gran ejército español de tropas experimentadas está disponible para su defensa. Nos dicen que las tropas moras están siendo repatriadas a Marruecos. Esta operación, de por sí natural, no aborda la cuestión del papel que desempeñarán estas tropas al regresar a su patria. En septiembre del año pasado, o incluso tan tarde como en febrero, las fuerzas navales, militares y aéreas británicas y francesas podrían haber ocupado la isla de Menorca a invitación de un gobierno republicano español aliado. Pero ahora, tal acto sólo se justificaría si el gobierno del general Franco hubiera cometido una agresión manifiesta; y para entonces, la operación podría haberse complicado.

Sobre esta base debemos estudiar el propuesto traslado de una parte de la flota alemana para realizar maniobras frente a las costas españolas. A primera vista, podría parecer tranquilizador. Si el gobierno nazi puede permitirse enviar dos de sus acorazados de bolsillo y algunos cruceros, con flotillas de destructores y submarinos, lejos de su base en el Báltico, y ubicarlos en aguas desde las que, en ciertas circunstancias, el regreso podría ser difícil, ¿acaso no es esto, cabe preguntarse, una especie de garantía tácita de que habrá un respiro? Por otro lado, el traslado admite una interpretación siniestra. Recordemos bien cómo, al comienzo de la Gran Guerra, se arriesgó el *Goeben*⁹ para determinar la estrategia del gobierno turco. La llegada de una flota alemana a Cádiz o Cartagena bien podría tener como objetivo presionar al general Franco y arrastrar al pueblo español al fragor de una guerra mundial. Alternativamente, estos acorazados de bolsillo estarían bien posicionados en Cádiz para atacar todo el comercio que llega a las Islas Británicas desde el Atlántico. Sin duda, Gran Bretaña podría tomar medidas para hacer frente a este tipo de ataque, pero no es necesariamente incompatible con la concepción que las potencias nazis y fascistas tienen de lo que llaman una «guerra relámpago». El Almirantazgo británico, cuyos hombres al mando tienen en sus manos nuestra vital seguridad, debería ejercer la máxima vigilancia.

Sería una lástima no considerar los factores opuestos que podrían determinar la decisión del general Franco, si es que se le permite elegir. España acaba de salir de una guerra civil que ha desgarrado a la nación entera. Un bando ha triunfado gracias a la ayuda extranjera, y los vencidos, al menos la mitad del país, se encuentran por el momento aplastados e impotentes. El único plan

9 Un crucero alemán transferido (con su tripulación) a la Armada Otomana en 1914. (Nota del editor digital.)

para el pueblo español es unirse para reconstruir sus ciudades destruidas y su devastada vida social. Esta esperanza sólo puede hacerse realidad mediante la neutralidad. En la Primera Guerra Mundial, la neutralidad fue muy rentable para España. Se enriqueció mientras otros sufrían y se agotaban. Una España neutral sería cortejada por todos los combatientes. El interés de España reside en vivir su propia vida y cultivar su propio jardín.

Si España se viera arrastrada a lo que para ella representa la temeraria apuesta de una convulsión mundial, es probable que se le negara precisamente el período de recuperación que más necesita. A menos que una victoria aplastante e inmediata recompensara a los Estados totalitarios, y Hitler, quizá con Mussolini pisándole los talones, se convirtiera en el amo del mundo, el gobierno del general Franco jamás podría volver a enviar un barco al mar ni recibir un cargamento marítimo. Tanto ellos como sus posesiones insulares serían blanco de combatientes poderosos e indignados. Parecería que se condenarían a que España se convirtiese en un desierto salvaje, recorrido por tiranos demacrados, en lugar de disfrutar, como tan fácilmente podrían, de una posición de clara ventaja y poder de negociación. Cabe esperar que estas sólidas consideraciones sobre los intereses españoles prevalezcan. Sin embargo, persiste la posibilidad de que el general Franco esté embriagado por su éxito o que ya no sea un agente libre para actuar en el verdadero interés de su país. Si se produjera cualquiera de estos resultados, todos debemos prepararnos para un futuro más sombrío y peligroso.

En un momento como éste, todos debemos solidarizarnos con el Sr. Chamberlain ante sus graves responsabilidades. Ningún Primer Ministro en la historia moderna ha tenido tanto poder personal para dirigir los asuntos del país. Todo lo que ha solicitado a la nación le ha sido concedido; y cuando no ha pedido lo que muchos consideraban necesario, no se ha tomado ninguna medida para obligarlo. Nunca ha habido en Inglaterra un gobierno unipersonal como el que hemos tenido durante el último año. Ha asumido toda la responsabilidad, y solo podemos confiar en que estará a la altura.

DISCURSOS

La Guerra Civil Española

14 de abril de 1937

(Cámara de los Comunes)

He intentado sinceramente mantenerme neutral en la disputa española; me niego a tomar partido por cualquiera de los bandos. No pretendo que, si tuviera que elegir entre el comunismo y el nazismo, me decantaría por el comunismo. Espero no tener que vivir en el mundo bajo un gobierno de ninguna de esas ideologías.

No se trata de oponerse al nazismo o al comunismo, sino de oponerse a la tiranía en cualquiera de sus formas; y, como no encuentro en ninguna de estas dos facciones españolas en guerra ninguna garantía satisfactoria de que se preserven las ideas que me importan, no puedo arriesgarme a tener que tomar partido de inmediato. Me ha resultado más fácil mantenerme al margen de ambos bandos porque, antes de prestar ayuda a cualquiera de ellos, debemos saber qué significaría la victoria para los vencidos. Puedo comprender que un ciudadano británico apoye la causa del general Franco o del Sr. Largo Caballero, pero ¿qué remordimiento sentiría si descubriera que, tras contribuir a la victoria de cualquiera de los bandos, se desató una horrible venganza, quizá durante años, contra los vencidos? Ciertamente, no creo que la Cámara de los Comunes deba tomar ninguna medida decisiva sin conocer las consecuencias para quienes resultaran vencidos como resultado de cualquier intervención en la que participáramos. No puedo sentir ningún entusiasmo por estas ideologías rivales. Siento una profunda tristeza y compasión por las víctimas, pero asestar un golpe decisivo en cualquiera de los dos bandos, sin asegurarnos de que el resultado no nos haría responsables de una serie de atrocidades posteriores, sería una responsabilidad que nadie en la Cámara debería aceptar voluntariamente.

Hay otra razón para la neutralidad: el equilibrio de fuerzas entre los combatientes en España. El líder del Partido Liberal habla del Gobierno y de los rebeldes. Parece creer que todos los gobiernos deben ser infalibles y todos los rebeldes, viles. Todo depende de qué se entiende por Gobierno y qué por rebeldes. Presentar esta guerra civil en España como una lucha entre un régimen constitucional, liberal, decidido, tranquilo y moderado, por un lado, y unos pocos generales amotinados, por el otro, no refleja la realidad. Antes de que estallara la guerra en España, como podría suceder en cualquier país ante una situación similar, el Partido Conservador, incluso en unas elecciones desfavorables, obtuvo prácticamente la misma cantidad de votos que todos los partidos de la oposición juntos: 2.500.000 votos en ambos casos. Si consideramos el territorio, la mayor parte de España está en manos de los rebeldes. En mi opinión, la inmensa mayoría de los españoles, si pudieran expresarse, desearían que todo esto terminara para poder retomar sus actividades y disfrutar de la vida como cualquier otra persona. Supongo que habrá quienes consideren abominable la intervención extranjera, alimentando el conflicto y empujando al pueblo español hacia el abismo.

En esta ocasión, voy a votar por el Ministro de Asuntos Exteriores. Creo que ha hecho un excelente trabajo, no sólo en lo que respecta a nuestra alianza defensiva con Francia, que es nuestra única garantía de seguridad en estos años de preparación tardía, sino también en el Comité de No Intervención. Supongo que el Comité de No Intervención está plagado de oportunistas y tramposos; en cualquier caso, dista mucho de su interpretación estricta y de la buena fe, pero es un valor incalculable en estos tiempos de peligro que cinco grandes naciones estén dialogando en torno a una mesa en lugar de bombardearse mutuamente en una guerra horrible. ¿Acaso no es alentador que oficiales navales alemanes, franceses, rusos, italianos y británicos actúen oficialmente juntos, aunque sea de forma poco ortodoxa, en algo que representa, si bien débilmente, el concierto de Europa, y que ofrece, aunque solo sea una pálida y deforme sombra, una idea de esas concepciones del imperio de la ley y de la autoridad colectiva que muchos de nosotros consideramos de vital importancia? Al que se burla de la existencia del Comité de No Intervención lo sitúo al mismo nivel que al que se burla de las esperanzas de Ginebra y la Sociedad de Naciones. Aunque me digan que está viciado por la hipocresía, no debemos desanimarnos. Se dice que la hipocresía es el tributo que el vicio rinde a la virtud. No estoy seguro de que la virtud pueda prescindir de los tributos que circulan. Francamente, prefiero una hipocresía que busque la paz a un vicio descarado y manifiesto, que adopte la forma de una guerra sin límites.

No me gustaría sentarme sin permitirme, aunque sea por unos minutos, soñar despierto. ¡Ay, solo es un sueño! Aun así, como miembro independiente cuyas declaraciones a veces resuenan en el extranjero, quisiera compartir este sueño con la Cámara. Hemos estado hablando de la no intervención, una política a la que debemos adherirnos. Pero supongamos que todas las grandes potencias estuvieran dispuestas a abandonar la política de no intervención en favor de una política de intervención conjunta en España. Imaginemos que algunos dejaran de echar leña al fuego en España y, en cambio, aplicaran el sentido común. Imaginemos que una voz proveniente de Gran Bretaña —¿y cuál mejor que la del Primer Ministro?— dijera: «Camarada Stalin (o Sr. Stalin; desconozco el término exacto) entendemos que usted no busca el establecimiento de un gobierno comunista militante en España. Lo único que desea ahora es que no haya una España nazi o fascista. ¿Es así?». Imaginemos que él respondiera, como supongo que respondería: «Así es». Imaginemos entonces que la voz le dijera a Hitler: «Usted ha rescatado al pueblo alemán de la desesperación y la derrota. Ahora, ¿no será usted el Hitler de la paz? Entendemos que el gobierno ruso no insiste en la instauración de un gobierno comunista en España. ¿No dirá usted también que si el pueblo alemán estuviera seguro de que esto no ocurriría, no insistiría en que los españoles adoptaran un régimen nazi?» ¿Acaso el señor Mussolini no escucharía también estas palabras de sensatez y buena fe? ¿Acaso no podría decir: «No toleraré un Estado bolchevique rojo en España, pero me conformo con que la Península Ibérica se asiente sobre una base española que no sea ni una cosa ni la otra»? ¿Acaso no podrían entonces las democracias liberales de Occidente, Francia, Gran Bretaña y el Imperio Británico, sumarse y decir: «Bien, si eso es así, ¿acaso no pueden tener una oportunidad las personas de centro, las que defienden la tolerancia? ¿No se puede encontrar una solución puramente española que no suponga el triunfo de ninguna ideología sectaria?»

Me atrevo a afirmar que eso es lo que desea el noventa y nueve por ciento del pueblo español. No quieren seguir matándose entre sí para el entretenimiento de los extranjeros. La guerra es muy cruel. Se prolonga ya durante demasiado tiempo. ¿Qué tal una reunión como la que sugirió Lord Rosebery en «una posada de camino»¹⁰, que le daría a España al menos la oportunidad de alcanzar la paz, la justicia, el sustento y el olvido? Abuso de la indulgencia de la Cámara al expresar tales ensoñaciones, pero si me lo permiten, quisiera ir un paso más allá e intentar plasmar ese sentimiento en un molde. Por supuesto, ninguna de las dos partes españolas puede permitirse el lujo de decir que toleraría la idea de un acuerdo. Luchan por su supervivencia; son hombres desesperados, y sus vidas

10 Propuesta de Lord Rosebery en un discurso en Chesterfield en 1902, dirigida a hallar la solución a la Guerra de los Bóers. (Nota del editor de los Discursos.)

están en juego: no se atreven a mostrar la menor señal de debilidad, pero cuentan con sus aliados, con sus amigos en estas grandes potencias que mantienen un estrecho contacto con ellos. ¿No es este el momento en que este horrible duelo podría ser considerado por los padrinos y no necesariamente sólo por las partes principales, y en que los padrinos podrían decidir, como a menudo lo hacían en los duelos privados, que el honor queda satisfecho, o, si se prefiere decirlo con mayor veracidad, que el deshonor queda colmado?

Supongamos que esas cinco grandes potencias, cuyas flotas actúan nominalmente bajo una política común, tras acordar en secreto entre ellas, propusieran a los españoles una solución en los siguientes términos: un período de seis años, dividido en tres etapas. La primera etapa ofrecería poco más que paz, orden y un tiempo para la calma, sin venganza ni ejecuciones, salvo para los asesinos comunes de ambos bandos. La segunda etapa consistiría en una suerte de compromiso, un gobierno híbrido formado por sectores españoles que no han participado en la ferocidad de esta contienda. Que los señores diputados de la oposición no desechen esta idea sin siquiera considerarla. Si desean una tregua en esta cruel guerra, deben tener la valentía de considerar propuestas novedosas e incluso descabelladas. La tercera etapa supondría el restablecimiento de aquellas instituciones parlamentarias que, de una forma u otra, estoy convencido de que diecinueve de cada veinte españoles jamás soñaron con perder ni con ver destruidas. Por muy orgullosos que sean, es muy posible que los españoles, en su angustia y agonía, no rechazaran ayuda externa para volver a poner la locomotora sobre las vías o sacar su vagón de la zanja.

Cuando millones de personas se encuentran heridas y enfrentadas entre sí por agravios recíprocos, algún tipo de ayuda externa, e incluso presión externa, resulta indispensable. Si estas cinco grandes potencias acordaran un plan, podrían decir: «Si ambas facciones rechazan nuestras propuestas, bien, entonces continúen con su guerra, y que les sea de gran utilidad. Pero si una acepta y la otra se niega, entonces nos uniremos para brindar nuestro favor y apoyo, y eso sería decisivo para la parte que acepte el proceso de paz.» Si se adoptara ese camino, se demostraría que, al menos, contamos con cierta influencia, una gran influencia, en estos asuntos, y bien podría darse el resultado esperado por la gran mayoría del pueblo español. Hay temor en todos los corazones españoles, incluso en las regiones aparentemente tranquilas. Saben que un cambio de rumbo puede desencadenar una nueva fuerza en esa zona, por la cual todas sus acciones serán consideradas culpables; y es igual para ambos bandos. No concibo que no sea un objetivo primordial brindarles seguridad. Si lo intentamos y fracasamos, ¿cuál es la pérdida? No es peor que lo que todos sufren de todos modos. Si lo intentamos y tenemos éxito, ¿cuál es la recompensa? La recompensa es mucho mayor que cualquier asunto que ahora esté en juego en España. Puede que la paz y la gloria de Europa recompensen el valiente y fiel esfuerzo de las Grandes Potencias.

Parece que avanzamos, a la deriva, inexorablemente, contra nuestra voluntad, contra la voluntad de cada raza, cada pueblo y cada clase, hacia una terrible catástrofe. Todos desean detenerla, pero no saben cómo. Se habla de pactos orientales y occidentales, pero no ofrecen mayor seguridad. Los armamentos ofensivos y defensivos avanzan a buen ritmo, y debemos encontrar algo nuevo. Algunos neurólogos han definido la preocupación como «un espasmo de la imaginación». Se dice que la mente se aferra a algo y simplemente no puede soltarlo. La razón, los argumentos, las amenazas, son inútiles. El agarre se vuelve aún más convulsivo. Pero si se pudiera introducir un nuevo tema, en este caso el efecto práctico de un propósito común y de la cooperación para un fin común, entonces sí que podría suceder que esos puños apretados se aflojaran y se abrieran, que comenzara el reinado de la paz y la libertad, y que la ciencia, en lugar de ser una prisionera vergonzosa en las galeras de la matanza, derramara su abundante riqueza en los hogares de todas las naciones.

La Guerra Civil Española

7 de julio de 1937

(Garden Party, Harlow)

Hay indicios de que la imparcialidad británica en España y el hecho de que hayamos actuado siempre con sencillez, humanidad y buena fe están empezando a dar sus frutos. Me impresionan especialmente las declaraciones de simpatizantes de la insurgencia en Portugal sobre el deseo del general Franco de mantener buenas relaciones con Gran Bretaña. Al parecer, de las 27 naciones que integran el Comité de No Intervención, al menos 23 comparten, en líneas generales, la misma opinión que Gran Bretaña y Francia. Esto confirma que estamos actuando con sensatez y equidad.

Este país no busca favores ni ventajas de ninguna de las partes a costa de España. El debido respeto a los intereses y propiedades británicas en España y la igualdad de oportunidades comerciales son todo lo que requerimos. En función de esto, nuestro principal interés, una vez finalizada la guerra, será una España próspera y satisfecha. Gran Bretaña está tan interesada como cualquier español en la preservación de la integridad del territorio español, ya sea en la península, en las islas o en el norte de África. Ni Gran Bretaña ni Francia pueden aceptar la cesión de territorio español bajo ninguna circunstancia, y mucho menos con el fin de proporcionar bases navales a potencias extranjeras.

Resulta satisfactorio observar que, por muy dividida que esté la población española, al menos coinciden en que los puertos y posesiones de España no deben caer bajo control extranjero. El general Franco realizó declaraciones notables al respecto, y no cabe duda de que en Valencia se comparte esta opinión. Nada contribuiría tanto a eliminar este peligro y mejorar la situación europea como la retirada o expulsión de los extranjeros por ambas partes en España.

España (Propuestas de no intervención)

15 de julio de 1937

(Cámara de los Comunes)

Me alegró comprobar que, a medida que avanzaba su discurso, coincidía cada vez más con el honorable caballero. Es un asunto de gran valor e importancia, que trasciende con creces esta Cámara, que el partido que él lidera, y que desempeña un papel tan importante en la formación de la opinión pública del país, se alinee claramente en este tema con el Gobierno de Su Majestad. Sin embargo, debo confesar que lo que más me ha preocupado en las últimas semanas fue lo que el honorable caballero intentó minimizar. Me ha parecido sumamente notable que, cuando en el Comité de Londres existía una clara diferencia, una divergencia manifiesta, entre las grandes potencias, y cuando se convocó al comité en pleno, se afirmó de forma contundente, y creo firmemente, que al menos 23 de esas 27 potencias, de haberse visto obligadas a votar, cosa que afortunadamente no ocurrió, habrían seguido el ejemplo de las dos grandes democracias occidentales: Gran Bretaña y Francia. Creo que es un acontecimiento trascendental y, créanme, contribuye a nuestra seguridad.

Luego hemos presenciado un segundo acontecimiento que, en cierto modo, es aún más notable. Cuando la semana pasada se produjo un punto muerto, el comité, incluyendo a aquellos con quienes teníamos fuertes diferencias y cuyas simpatías están vehementemente comprometidas con uno u otro bando, se reunió y solicitó unánimemente al Gobierno británico que intentara encontrar una solución. ¿Qué mayor reconocimiento podría haber a nuestra actuación limpia y a nuestra rectitud? Es un verdadero reconocimiento. No se trata de palabras, sino de una prueba de confianza y un reconocimiento de que, desde el comienzo de esta disputa española, hemos hecho todo lo posible por mejorar las cosas, y no por empeorarlas. No recuerdo nada parecido en años.

Creo que es de suma importancia y valor que los gobiernos, desde Moscú hasta Berlín, desde Roma hasta Praga, desde Lisboa hasta Oslo, hayan actuado así, no como un mero halago al presidente del comité; aunque debo decir que, leyendo sólo la prensa, me pareció que Lord Plymouth, en la dirección de su comité, prestó servicios notables y se forjó una reputación muy sólida. Pero ciertamente no fue un simple espíritu de cortesía hacia los anfitriones lo que llevó a todos esos países, con sus puntos de vista divergentes, al encontrarse en un punto muerto, a solicitar al Gobierno británico que intentara impulsar el asunto y encontrar una solución. Me parece que esto es de gran importancia para todos nosotros. Nada es más grato en estos momentos que observar la creciente comprensión de la política británica que se extiende por Estados Unidos, ¿y qué factor podría ser más determinante para la opinión de Estados Unidos que el hecho de que todas esas potencias inviten al Gobierno británico a liderar el curso de los acontecimientos?

Yo habría pensado que, si se presentaba alguna moción ante la Cámara en esta ocasión, sería para felicitar al Gobierno de Su Majestad por el rumbo firme que ha mantenido a lo largo de un año de dificultades desconcertantes y situaciones tan peligrosas. En lugar de eso, ¿qué ha ocurrido? Se ha propuesto el aplazamiento. Tenemos una moción que, de aprobarse, constituiría una censura contundente. Mientras toda Europa rinde homenaje, el líder de la oposición emite su censura y, por supuesto, si se aprobara esta moción, sería mucho más que un mero acontecimiento parlamentario y político. Reduciría la posición de Gran Bretaña en los asuntos internacionales a la inutilidad y el ridículo. Imaginen el efecto que tendría sobre nuestro prestigio, que poco a poco va creciendo, en Europa. Nos dejaría impotentes de un plumazo en las futuras etapas de esta crisis española y, quizás durante muchos años, no podríamos desempeñar un papel efectivo en Europa. Pero esa es la

cuestión sobre la que debemos votar, porque no era necesario plantear este asunto como un mero vehículo de debate, como un momento oportuno para ventilar el tema. Todo el asunto podría haberse discutido con total libertad el próximo lunes. Este ha sido un desafío claro que, de tener éxito, en mi humilde opinión, asestaría un duro golpe a la idea del Concierto de Europa, de la seguridad colectiva, de la cooperación entre muchas potencias; un golpe del que todo el proceso de apaciguamiento europeo no se recuperaría.

*Sr. Gallacher*¹¹: Un concierto nefasto, en cualquier caso.

Sr. Churchill: En cuanto a este plan que se ha presentado, me alegró mucho escuchar la lúcida defensa del honorable caballero. Por supuesto que es un compromiso. Es un compromiso entre puntos de vista e intereses no solo divergentes, sino vehementemente antagónicos. No se puede esperar encontrar una propuesta atractiva, simétrica y clara, como la que podría surgir íntegramente de la mente de un solo hombre, cuando se tiene que atender a nada menos que 27 naciones diferentes. No me cabe la menor duda de que hay puntos en este plan que resultan sumamente repugnantes para Alemania e Italia, pero imagino que también los hay para la Rusia soviética, y algunos que quizá no concuerden del todo con la postura de Francia. Sin embargo, si queremos mantener a todas estas potencias unidas en torno a la mesa de negociaciones, es absolutamente necesario que cada una tolere ciertas concesiones que no le agradan, en aras de elaborar un plan en el que todos puedan, posiblemente, ponerse de acuerdo.

Voy más allá. Considero que nuestra seguridad depende enormemente del mantenimiento del Concierto de Europa y del tratamiento unificado de este asunto, e incluso si este plan fuera peor, incluso si estuviera menos lleno de esperanza, seguiría afirmando que sería necesario encontrar al menos una fórmula que mantuviera a estas potencias unidas en torno a la mesa de negociaciones. No dudo en afirmar —y estoy seguro de que es cierto— que el hecho de que las Potencias permanezcan unidas es de mayor importancia para la paz de Europa que los méritos intrínsecos de cualquier acuerdo que las mantenga unidas. No estoy convencido en absoluto —y me alegró mucho escuchar el argumento del honorable caballero sobre este punto— de que se trate de un plan perverso y nefasto que obligue a la oposición a impugnar de inmediato una moción de aplazamiento. A mi parecer, lo peor que se puede decir es que probablemente sea demasiado bueno para ser verdad. Nos alegraría enormemente poder felicitar esta noche al Ministro de Asuntos Exteriores por haber aprovechado al máximo las ventajas que ofrece este Libro Blanco. Sin duda, esa es una etapa que aún está por venir. Pero si se adoptara este plan, ¿acaso alguien duda de que el control podría ser, en realidad, menos ineficiente que en el pasado?

Ciertamente, el control de las armas que entran en España, si se considera de suma importancia —personalmente, creo que hay cierta falta de lógica en suponer que el impedir que las armas lleguen a los beligerantes acorta la guerra; creo que probablemente tendría el efecto contrario—, pero sin duda el objetivo ha sido impedir la entrada de armas, y si este plan se pusiera en marcha, ¿acaso alguien duda de que el control sería mucho mayor que el que se podría ejercer si todo se descontrolara y se produjera una intrusión masiva y caótica de armas desde todos los frentes hacia ambos bandos? ¿Qué mayor avance —y en esto todos coincidimos— que lograr la retirada de los llamados voluntarios —y digo *llamados* deliberadamente— de ambos bandos en España? En esto estamos todos de acuerdo. ¿Qué mejor que despojar a esta disputa española de esta odiosa infusión de malevolencia extranjera y de gente a la que no le importa el futuro de los españoles, sino que simplemente defiende abstracciones espeluznantes, igualmente detestables para todos los partidos y clases de esta isla?

11 Willie Gallacher (1881-1965), del Partido Comunista, fue elegido parlamentario en 1935 por la circunscripción de West Fife, en Escocia. El Partido Comunista de Gran Bretaña se opuso a las políticas de apaciguamiento hasta la firma del pacto Molotov-Ribbentrop, cuando se convirtió en defensor de la paz. Naturalmente, hasta el inicio de la Operación Barbarroja... (Nota del editor digital.)

Por último, está la cuestión de conceder derechos de beligerancia. Ya se ha explicado, y es la esencia del asunto, que no se concederán derechos de beligerancia a menos que esta gran ventaja de la retirada de los intrusos extranjeros se haya hecho ampliamente efectiva, y entiendo que nosotros mismos seremos los jueces, jueces con otros, pero se requiere unanimidad, y por lo tanto tenemos un juicio absoluto sobre el asunto. ¿Acaso alguien duda, incluso el honorable caballero que va a responder, de que si se lograra la retirada de los voluntarios extranjeros de cada bando, valdría la pena conceder la forma muy limitada y cautelosa de reconocimiento de derechos de beligerancia que aquí se propone? Pero debo decir esto: que la negativa a conceder cualquier medida, incluso la más restringida, de derechos de beligerancia a una Potencia beligerante que dispone de ejércitos de varios cientos de miles de hombres... *[Interrupción]* Esa es la información que tengo de numerosas fuentes directas: una potencia que posee la mayor parte de la Península Ibérica, tanto por territorio como por población, que cuenta con un Gobierno constituido, que domina prácticamente todos los mares, tras cuyas fronteras, según testimonios procedentes de casi todas partes, reina un notable orden e incluso una vida normal; negarse siquiera a considerar la cuestión del reconocimiento de la beligerancia, digo que es en sí misma una propuesta muy cuestionable y que no se ajusta a la mayoría de los precedentes que nos han guiado en el pasado.

No necesitamos perder el tiempo profetizando cómo terminará la guerra en España; todos estos asuntos están velados por la incertidumbre del futuro. Sin embargo, debemos reconocer que, gane quien gane en España, tendremos que intentar convivir con ellos de forma más o menos amistosa, como hemos hecho con todo tipo de gobiernos, como hacemos ahora, conviviendo lo mejor posible con todo tipo de gobiernos, algunos de ellos muy poderosos, sobre los que no me detendré a detallar. Me parece que no sería prudente ni correcto intentar establecer una línea divisoria absoluta respecto al reconocimiento de la beligerancia de cualquiera de los bandos, o de ambos, en España, y ciertamente no deberíamos hacerlo si, a cambio de esta concesión relativamente pequeña por nuestra parte, logramos el gran avance de una retirada sustancial de los voluntarios.

Hay una razón más por la que me atrevo a sugerir que no debemos convertirnos en partidarios acérrimos de ninguno de los bandos. También debemos intentar influir en ambos bandos en España. Debo decir que, cuando se habla de los horrores de la guerra, hay cosas peores, como las crueles ejecuciones y la aniquilación de clases políticas enteras en ambos bandos, que han empañado la lucha española. Me alegra enormemente observar que la toma de Bilbao no ha estado acompañada de escenas como las que tuvieron lugar en los primeros días de la contienda, pero obviamente será de suma importancia para nosotros influir en ambos bandos en España, y especialmente en el bando que vaya a vencer, pues solo así podremos intervenir y procurar clemencia para los vencidos.

No he intentado avivar este debate, pues sé cuán firme, ferviente y apasionadamente se sienten los honorables diputados de la oposición, y que existen opiniones igualmente contundentes en el otro bando. Pero, en vista de la dificultad que entraña esta moción, en vista de las calamitosas consecuencias que acarrearía su aprobación, es sin duda deber de quienes apoyan al Gobierno de Su Majestad expresar plenamente su confianza, e incluso su gratitud, a los ministros que nos han guiado a través de este año de convulsión española sin involucrar a nuestro país en el conflicto, sin quebrantar la paz general y sin perder —es más, incluso la han acrecentado hasta un punto sin precedentes— el respeto que nos profesan tantas naciones.

La Guerra Civil Española

19 de julio de 1937

(Cámara de los Comunes)

Estamos en deuda con el Secretario de Estado [Sr. A. Eden] por habernos brindado esta tarde, muy apropiadamente dadas las circunstancias del debate, un análisis exhaustivo de los aspectos más críticos de las relaciones exteriores en todo el mundo. El portavoz oficial de la oposición ha continuado con igual amplitud y con una atención meticulosa a numerosos detalles. Observo que la única diferencia entre la perspectiva de ambos grupos parlamentarios radica en que, mientras mi honorable amigo, el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores, afirma que el panorama no es del todo negativo, mi impresión, tras escuchar al honorable miembro de la oposición, es que, en general, el panorama es bastante sombrío. No intentaré imitar ni al Gobierno ni a la oposición adoptando una postura tan amplia esta tarde.

Tengo una cuestión bastante precisa y concreta que plantear ante la Comisión. No coincido en absoluto con el diputado de la oposición sobre el origen de la guerra civil española. No es cierto que existiera un gobierno parlamentario constitucional que funcionara con normalidad y que, posteriormente, personas de extrema derecha se alzaran en armas contra dicho gobierno sin provocación alguna. Es bien sabido que las garantías habituales de seguridad y orden se habían perdido en gran medida en España, que no era seguro salir de noche en amplias zonas, que los asesinatos y los atropellos eran frecuentes y que el gobierno parlamentario constitucional se utilizaba como una mera fachada, una pantalla, para encubrir el rápido, sigiloso y letal avance de las facciones comunistas o anarquistas más radicales, que veían, según el programa habitual de las revoluciones comunistas, el medio para hacerse con el poder. Fue ante esta situación que estalló la violenta guerra en España.

Cuando el honorable diputado de la oposición se acercaba al final de su discurso, comencé a prestar atención, primero en señal de aquiescencia, luego en amplio asentimiento y, finalmente, en vivaz acuerdo. Me alegró mucho oírle, en nombre de su partido, mostrar un interés tan marcado por los problemas de la defensa imperial, nuestras rutas marítimas a través del Mediterráneo y nuestras estaciones de servicio petrolíferas y de abastecimiento en todo el mundo. Quisiera felicitarle por el importante desarrollo que ha logrado en estos puntos y esperar que, en el futuro, si no lo ha hecho en el pasado, se esfuerce por apoyar al Gobierno en la provisión de los instrumentos militares necesarios para que se preste la debida atención a estos asuntos. Pero hubo una acusación que el honorable diputado formuló —que la semana pasada fue expresada en términos mucho más estridentes por el honorable diputado por Bridgeton (Mr. Maxton¹²)—: que el Partido Conservador estaba dispuesto a sacrificar los intereses imperiales debido a los prejuicios contra el comunismo. Creo que el honorable diputado... El diputado de la oposición citó a un distinguido corresponsal de prensa que atribuía la apatía del Partido Conservador en estos asuntos a intereses de clase y al afán de propiedad. Eso es igualmente cruel e igualmente falso.

*Mr. Dalton*¹³: Se publicó en el *Times*.

Mr. Churchill: Afirmo que la acusación, sin importar dónde se formule o de dónde provenga, de que el Partido Conservador está dispuesto a sacrificar los intereses imperiales británicos por

12 James Maxton (1885-1946), del Partido Laborista Independiente, separado del Partido Laborista entre 1932 y 1947. (Nota del editor digital.)

13 Hygh Dalton (1887-1962), del Partido Laborista. Futuro ministro de Hacienda

intereses de clase, es falsa. La resistencia al comunismo y a una revolución comunista —ese es el punto que plantea el honorable miembro por Bridgeton— no es una cuestión de clase. Es sabido que en una revolución comunista o bolchevique, las llamadas clases altas —la nobleza, los terratenientes, los financieros, los fabricantes, el clero, la burguesía y la mayor parte de la intelectualidad— son aniquiladas. No duran mucho, no son bastantes para todos, y la revolución comunista realmente exitosa, una vez agotado ese contingente, comienza a diezmar a la clase trabajadora común. No me cabe duda de que se podría demostrar que, por cada una de las clases que he mencionado, cientos de asalariados semanales perecieron en la revolución rusa. Después de que comienzan a matar a las clases trabajadoras, por supuesto, al mismo tiempo empiezan a matarse entre sí, un proceso que debo decir que siempre he podido contemplar con bastante serenidad.

No es cierto afirmar que la resistencia al comunismo y a la violenta revolución bolchevique sea una cuestión de prejuicios de clase. Se asemeja mucho más a las reacciones del cuerpo humano ante un tumor maligno como el cáncer. No tiene absolutamente nada que ver con la clase social, y no creo que guarde una relación directa con lo que ocurre en España. Sin embargo, sin duda redundan en el interés general del país que el Partido Laborista, el Partido Socialista y las fuerzas de izquierda en general muestren un interés activo y vigilante en las cuestiones de Defensa Imperial. El diputado de la oposición planteó el tema al final de su intervención. Esto unifica las representaciones parlamentarias sobre este punto, y me dirijo a ustedes principalmente, de hecho casi exclusivamente, para llamar la atención sobre un asunto concreto de urgente importancia pública: la cuestión de los obuses pesados que supuestamente se han instalado alrededor o cerca de Gibraltar. La oposición no debe suponer, en su recién adquirido entusiasmo por la Defensa Imperial, que es la única garante de nuestros intereses en este asunto. Puedo asegurar al Gobierno —ya lo saben— que existe una gran preocupación al respecto, y que esta preocupación se viene sintiendo desde hace tiempo, en este lado de la Cámara.

Hace más de cuatro meses, me dirigí personalmente al Secretario de Estado y le informé de todo lo que había oído, parte de ello procedente de fuentes de la oposición, acerca de estos grandes cañones. El Secretario de Estado se mostró seriamente preocupado. No tengo inconveniente en revelar al Comité la procedencia de mi información. La obtuve de mi hijo, quien en mayo vio cómo se montaban estos pesados obuses sobre las enormes plataformas de hormigón correspondientes. Vio a un gran número de trabajadores afanosos en la tarea, y también vio algunos de los obuses, aunque no a una distancia que permitiera apreciar su calibre real. Regresó a casa de inmediato y me lo contó, y yo se lo comuniqué enseguida a mi honorable colega. Posteriormente supe que el Ministerio de la Guerra ya había sido informado por las autoridades militares en Gibraltar. Planteo esto al Gobierno de Su Majestad: creo que ha llegado el momento de preguntar públicamente cuáles son los hechos y qué significan. Analicemos la naturaleza de estas enormes armas. Un obús de 305 mm, correctamente montado sobre una plataforma terrestre estable, puede lanzar un proyectil de una tonelada a 16 o 19 kilómetros de distancia y alcanzar un objetivo a esa distancia no mayor que esta Cámara con una certeza de al menos 50 de cada 100 intentos. Si estos cañones están al alcance del astillero y el fondeadero de Gibraltar, pueden destruir Gibraltar y hacer que el fondeadero y la bahía sean inhabitables para los buques de Su Majestad. ¿Pueden hacerlo? No lo sé. Pregunto: ¿pueden hacerlo? Por otro lado, si no pueden hacer eso, ¿qué pueden hacer? ¿Están apuntando al Estrecho? ¿Pueden cerrar el Estrecho? Deberíamos saberlo. ¿Cuántos hay? ¿Dónde están emplazados? Deberíamos saberlo. ¿Por instigación de quién y por acción de quién se han erigido? De nuevo, deberíamos saberlo.

Si el Gobierno lo desconoce, sólo puedo decir que constituiría una gravísima falta a los elevados estándares de nuestro renombrado servicio de inteligencia. Si el Gobierno lo sabe, no concibo razón alguna para que los hechos, indudablemente conocidos por otros países, no se presenten ante el Parlamento, y solicito respetuosamente información completa al respecto. Suponiendo que tales cañones se hayan instalado —solicito información, no hago afirmaciones—,

cabe hacer ciertas observaciones importantes. Armas de este tamaño y potencia no son necesarias para ningún propósito relacionado con la Guerra Civil Española. Ciertamente no se necesitan para ahuyentar a la flota del Gobierno Valenciano. Esta flota, compuesta por unos pocos navíos viejos y endeble, cuyas tripulaciones asesinaron a sus oficiales sin, en muchos casos, molestarse en averiguar sus ideas políticas, es incapaz tanto de navegar como de disparar con precisión. Es absurdo suponer que el general Franco, un hombre con dificultades económicas, luchando al límite en un conflicto a vida o muerte, malgastara sus escasos recursos en la compra o instalación de semejantes cañones. Sabemos que en toda España no existían armas de fuego de ese tipo antes del estallido de la guerra civil.

¿De dónde vienen entonces? Desde luego, no vienen de Dinamarca ni de Rumanía. Tampoco de Suiza ni de Suecia. Me gustaría saber si proceden de las fundiciones de Krupp o de las de Ansaldo. Deberíamos saberlo. Si el Gobierno lo sabe, no hay razón para que nosotros no lo sepamos. Desde luego, no revelamos los secretos de nuestra defensa mientras sigan siendo secretos, pero viendo el mundo en el estado actual, con tantos peligros que nos acechan, la gente tiene derecho a estar informada de los hechos principales, los hechos significativos, que indican las alianzas de las grandes potencias y los peligros que nos rodean. No queremos que nuestra gente se vea de repente, una mañana cualquiera, enfrentándose a un suceso terrible, y que después haya que darles explicaciones de cómo ocurrió. Vivimos en una época, tras lo ocurrido hace veinte años, en la que deberíamos estar informados de todo lo que pueda revelarse de una manera que no resulte ofensiva para potencias extranjeras, en la medida en que la revelación de hechos desagradables pueda ser inofensiva para algunos, y, por supuesto, todo lo que pueda revelarse sin menoscabar nuestra propia defensa. Si estos cañones proceden de alguna de estas fuentes, no sólo es evidente que no guardan relación con la Guerra Civil Española, sino que han sido erigidos en el marco de propósitos y planes de mucha mayor trascendencia. Sólo podremos juzgarlo cuando conozcamos los hechos.

Siguiendo la política del Gobierno de Su Majestad, he intentado mantenerme neutral en toda esta guerra civil española. Ciertamente no me inclino por ninguno de los bandos, y espero que la Cámara me disculpe por ello. No simpatizo con el general Franco, ni con el presidente Azaña; no simpatizo con el general Queipo de Llano, ni con el señor Prieto ni con el señor Largo Caballero; mi sentir, en la medida en que lo tengo, es por España y los españoles, no por el triunfo de ninguna facción, sino para que se muestre misericordia a los vencidos, sean quienes sean, y que los españoles vuelvan a ser un solo pueblo. Me alegró mucho oír al Ministro de Asuntos Exteriores referirse a la carta del señor de Madariaga¹⁴, publicada esta mañana en el *Times*, que parece tocar

14 Carta de Salvador de Madariaga dirigida a *The Times* de Londres y Nueva York, *Le Temps* de París y *La Nación* de Buenos Aires (19 de julio de 1937):

Dentro de pocos días España comenzará su segundo año de guerra civil. Me permito solicitar la hospitalidad de sus columnas para pedir la paz. Demasiado y muy dolorosamente me doy cuenta de las dificultades que a ello se oponen. Permítame que elimine desde un principio la más modesta de todas, la que se debe a que esta petición emana de un ciudadano español que ha permanecido igualmente alejado de ambos bandos. Que uno y otro me perdonen. La hora es demasiado grave para España como para Europa para que nos detengamos en las personas. Que acepten mi mensaje aunque rechacen mi palabra.

Que cada bando me perdone también el esfuerzo que hago para comprender al otros, y aun el que deseo hacer para que cada uno comprenda al otro. Ambos luchan por un ideal. Pero ¿no creen haber sacrificado ya a este ideal, por muy alto que sea, demasiada sangre y demasiada riqueza? Ambos se inspiran en un noble patriotismo. Pero al luchar así por su España ideal, ¿no van a destruir la España real sin la que la ideal no puede encarnar? Ambos luchan por la victoria, pero comprenden que la victoria moral, que es la que importa, les es inaccesible —quienquiera que gane— puesto que la victoria militar será debida a la superioridad en máquinas de guerra, suministradas por extranjeros, es decir, a circunstancias fortuitas y extrañas, sin significación intrínseca para la Historia de España. Así pues, la verdadera España no podrá sentirse solidaria de una victoria que —quienquiera gane— será extranjera. De modo que quienquiera gane, España pierde siempre.

Que los dirigentes de ambos bandos me perdonen si, como compatriota, no ciertamente más prudente que ellos, pero con la ventaja amarga del destierro y de la distancia, les insto a que a su vez se destierren al fondo de su

una fibra sensible, sincera y resonante, que me atrevo a creer que, más allá de la feroz tensión del conflicto, debe estar encontrando eco en muchos corazones españoles.

Me alegró oír a mi honorable amigo hablar con firmeza sobre los legítimos intereses británicos y la determinación del Gobierno de anteponerlos y darles la debida importancia. Pero la cuestión de estos cañones es, sin duda, un interés británico de gran relevancia. Quizás sea un interés mundial. Si afecta a los Estrechos, no sólo es un interés británico, sino mundial; y, desde luego, es un interés íntimamente ligado a la paz de Europa. Es un interés británico de gran relevancia que, me atrevo a afirmar, debe superar con creces, en nuestra opinión, los méritos o deméritos relativos de los dos bandos que se enfrentan en España. Confiamos plenamente en que el Gobierno de Su Majestad velará por la protección de los intereses británicos.

Hasta ahora, creo haber reflejado, en lo esencial, a la oposición de Su Majestad en lo que me he atrevido a decir. ¿Me permiten, pues, ir un paso más allá? Obviamente, si vamos a plantear esta cuestión, debemos dirigirnos en primer lugar al general Franco. Si debemos reconocerlo o no es un tema debatible, pero en cualquier caso debemos reconocer los hechos. Debemos reconocer los obuses de 305 mm como un hecho. Cualquier gobierno, sea cual sea su ideología, que tenga poder para instalar cañones capaces de destruir un astillero británico y, lo que es mucho más importante, buques capitales de la Royal Navy anclados pacíficamente en ese puerto, o de obstruir el paso por el estrecho, es un gobierno con el que, obviamente, debemos tener relaciones. Debemos tener relaciones formales; puede que no siempre sean relaciones formales muy agradables, pero estamos obligados a tener representantes oficiales que puedan indagar sobre estos hechos con el general Franco y presentarle cualquier alegación que se nos ocurra al respecto. Dejar grandes navíos como el *Hood*, el *Rodney*, el *Nelson*, el *Renown* y el *Royal Oak* a la deriva, bajo la posible descarga de cañones de este calibre, sería un crimen contra la seguridad nacional. [Interrupción.] Los diputados de la oposición empiezan a reír. Creía que su partido estaba deseoso de centrar la atención en estos acontecimientos. No nos dejemos llevar por frivolidades inoportunas.

conciencia, lejos del fuego y el humo de la guerra moral y material. Entonces se darán cuenta de que sólo hay un modo de que España se haga victoriosa en esta guerra: la paz por la reconciliación.

Por una coincidencia trágica, esta guerra esencialmente española ha «prendido» fuera de España, y extraviados por paralelismos superficiales, hombres, instituciones y hasta Gobiernos extranjeros han venido añadiendo combustible al fuego que devora nuestro desdichado país. España sufre así como víctima expiatoria la guerra civil europea que hasta ahora Europa ha podido evitar. Abrigo la esperanza de que los grupos más militantes de uno y otro lado comprendan que su acción es, no sólo peligrosa —eso lo saben—, sino también estéril. España no será jamás ni comunista ni fascista. Su política extranjera, dictada por circunstancias geopolíticas y económicas, no cambiará nunca de modo fundamental —quienquiera que gane—, y la colaboración extranjera, prestada sin desinterés, provocará forzosamente después de la guerra fuerte resentimiento en España, en toda España. Aquí también, la mejor política y la más conforme con el sacro egoísmo de cada cual está en un acuerdo para poner término a esta guerra por la reconciliación.

Se trata, por ambos lados, de personas clarividentes. No es posible que dejen penetrar por bajo del entusiasmo —desde luego sincero— que les rodea. Los seres humanos viven a muchos niveles a la vez, y la vida verdadera no suele fluir a los superficiales. A buen seguro que los unos luchan por liberar a España de lo que consideran como tiranía, y los otros de lo que es anarquía a sus ojos. Pero ¿hay tiranía, hay anarquía más espantosa que la de una guerra civil? Yo les suplico que mediten en la abrumadora hueste de los muertos y en la más abrumadora todavía de los vivos que para siempre quedarán espiritualmente mutilados por lo que han sufrido, visto y, sobre todo, hecho. Consideren que bajo el nivel de entusiasmo, en el fondo del alma, lo que el pueblo español en ambos lados ansía es la paz. Y que, quienquiera que gane, no podrá gobernar más que con la buena voluntad del pueblo entero, que no se impone por la fuerza.

Rogaría finalmente a ambos bandos —dentro y fuera de España— que se abstuvieran de sacrificar a la satisfacción de sus pasiones políticas la vida y la sangre de una nación cuyos destinos y cuyo aporte a la cultura humana, están muy por encima de las teorías políticas, formas, al fin y al cabo efímeras e inciertas, del falible pensamiento humano.

*Mr. Bellenger*¹⁵: Si el honorable caballero se refiere a los honorables miembros de estos escaños, nos reíamos de su lenguaje bastante extravagante y nos preguntábamos cómo se deslizaban los barcos de la Armada británica.

Mr. Churchill: La figura era, en cierto modo, pintoresca. Surge de la idea de un cuerpo grande y pesado que responde rítmicamente al movimiento de las olas. Continuar así sería como dejar que buques capitales fondearan sobre un campo minado, cuya llave estuviera en manos de alguna potencia extranjera en la costa. Algún dedo —bolchevique, anarquista, nazi, fascista, no sé cuál, ni me importa— podría pulsar el botón eléctrico, y podría ocurrir un suceso que alteraría gravemente el equilibrio del poder naval mundial. Que los señores diputados tengan esto presente: si tal suceso ocurriera, no sería el fin, sino sólo el comienzo de un capítulo trágico en la historia de la humanidad.

¿No es este el momento de plantear esta cuestión directamente al general Franco, que controla esta zona actualmente? ¿Se ganará alguna ventaja esperando un año, cuando quizá domine prácticamente toda España? *[Interrupción.]* El honorable diputado por West Fife (Mr. Gallacher) me interrumpe. Siempre lo tratamos con gran consideración, porque es un caso excepcional; representa la gran teoría comunista en esta Cámara y, al mismo tiempo, es completamente dócil e inofensivo, y, debo decir, está muy bien adiestrado ante la Cámara. Sin embargo, deseo formular una pregunta seria: ¿Se ganará alguna ventaja esperando un año, cuando el general Franco domine España o, por los azares de la guerra, haya fallecido?

Ahora, mientras la guerra civil española pende de un hilo, es el momento de hablar con él sobre estos cañones. ¿Acaso son el precio que ha tenido que pagar por la ayuda recibida de tal o cual potencia? Creo que es una pregunta pertinente. Evidentemente, este es un período en el que es mucho más probable que atienda a nuestras peticiones razonables que más adelante. Nuestros intereses no deben verse perjudicados por no contar con agentes debidamente acreditados tanto en Valencia como en Salamanca. Podríamos sufrir grandes pérdidas de muchas maneras si, por un afán de escrúpulos políticos, nos declaramos partidarios de una política de boicot contra cualquier fuerza poderosa del mundo que tenga la capacidad de perjudicarnos o ayudarnos. Por lo tanto, es inútil hablar de una banda de generales amotinados o de una turba de bolcheviques feroces. Debemos vigilar nuestros intereses británicos en ambos bandos día a día y asegurarnos de que nuestros agentes tengan las mejores posibilidades de que sus gestiones sean consideradas con la debida atención.

En virtud del Tratado de Utrecht, creo, tenemos derecho legal a la inmunidad de la Bahía de Algeciras, siempre que prohibamos también el acceso a dicha bahía a cualquier enemigo de España. Recuerdo que en 1901 también se celebraron conversaciones sobre el tema, que dejaron la situación en lo que sólo puedo describir como una postura de tácita indeterminación. Pero, sin duda, no deberíamos considerar que la instalación de estos enormes cañones, para amenazar Gibraltar u obstruir los Estrechos, dependa de la interpretación de tratados antiguos. Se trata de una cuestión de buena vecindad y de trato amistoso entre potencias. Por ejemplo, supongamos que los franceses —me refiero a esta potencia porque sé que no ofenderé— instalaran baterías de grandes cañones en Boulogne y Calais capaces de bombardear Londres. Tienen todo el derecho a hacerlo; no hay ningún fundamento en los tratados que podamos usar para reprochárselo; pero, aun así, tengo muy claro que este hecho alteraría por completo nuestras relaciones con la República Francesa. Ellos mismos serían los primeros en reconocerlo.

Este es el aspecto que espero que mi honorable amigo le plantee al general Franco con la mayor claridad y de la mejor manera posible. De nada sirve que enviemos a alguien que vaya solo a esta vergonzosa escena y diga: «Ahora bien, general amotinado, ¿qué pasa con estos cañones en Gibraltar? Por supuesto, esperamos y deseamos que pronto sea derrotado para que se resuelva la gran disputa entre los comunistas estalinistas y los comunistas del P.O.U.M., o trotskistas, y se

15 Frederick Bellenger (1894-1968), del Partido Laborista.

allane el camino para esa disputa aún mayor que el mundo debe decidir entre comunistas y anarquistas; pero mientras tanto, joven amigo, ya que está aquí, ¿tendría usted la amabilidad de darnos una respuesta satisfactoria sobre estos cañones?» Estoy seguro de que mi honorable amigo, con sus modales afables y el poder de persuasión personal que anima su diplomacia, encontrará mejores métodos que el de plantear ese asunto en particular en esos extremos concretos, pero de que debe plantearse, y plantearse de inmediato, no tengo absolutamente ninguna duda, a menos que el Gobierno esté en condiciones de eliminar por completo los alarmantes hechos que me he atrevido a mencionar.

Hay otro asunto serio al que deseo referirme antes de tomar asiento. Deseo dirigir al Ministro de Asuntos Exteriores una pregunta sobre este tema, que a mi juicio afecta a nuestra seguridad. Hasta ahora, los extranjeros que han venido a este país lo han hecho a título individual. Han residido entre nosotros en libertad y bajo la protección de nuestras leyes. Sin embargo, durante los últimos dos o tres años hemos presenciado un fenómeno que recientemente ha cobrado gran relevancia. Ya conocemos el movimiento comunista y su propaganda, y nos hemos preparado, mediante nuestras amplias instituciones políticas y las medidas policiales necesarias, para afrontarlo eficazmente. Pero ahora me informan —y aquí nuevamente solicito información— que todos los alemanes e italianos residentes en el extranjero están vinculados a organizaciones políticas nacionales regulares, nazis o fascistas. Puede haber entre 35.000 y 40.000 alemanes o italianos en este país en un momento dado, y todos ellos están controlados por sus respectivos gobiernos, bajo una estricta disciplina. Deben presentarse con frecuencia en centros regulares donde reciben instrucciones sobre lo que deben observar, el idioma que deben usar al interactuar con nuestra población y qué hacer en caso de emergencia. De hecho, este mismo año se ha creado en Berlín un Ministerio y un Departamento nazi para dirigir y coordinar las acciones de los alemanes nazis residentes en el extranjero. Nunca antes se había visto algo así, y pregunto al Ministro de Asuntos Exteriores si considera que ha llegado o se acerca el momento en que, en colaboración con el Ministerio del Interior, sobre quien recaería la responsabilidad administrativa, este asunto no debería ser tratado mediante representaciones en el extranjero y, si fuera necesario, mediante normativa nacional.

Pido disculpas por haber insistido en estos asuntos, que son más específicos de lo que el alcance general del debate parece sugerir. Tengo la impresión de que nosotros y las naciones que comparten nuestra fe y nuestras instituciones estamos recuperando gradualmente fuerza y confianza. Creo que los parlamentarios y los países con sistemas parlamentarios deben mantenerse unidos frente a los peligros que acechan a ambos lados y velar con diligencia por sus intereses. Siempre me reconfortan las contundentes palabras de Pym: «Nadie ha intentado destruir el Parlamento sin que el Parlamento le haya destruido a él.»

Que el pueblo de este país, cuna y bastión del gobierno parlamentario libre, sirva de ejemplo a otros países con la vigilancia y la atención con que garantizamos la permanencia de nuestras instituciones.

Referencias en otros discursos

Las armas y el Pacto, 3 de diciembre de 1936 (*Albert Hall, Londres*)

En España se libra una guerra fratricida. ¿Qué hacen las grandes naciones de Europa? Algunas avivan las llamas y azuzan a los españoles contra otros, provocando una nueva ola de violencia. Ojalá las naciones libres y liberales del mundo tuvieran el poder y la fuerza para separar a los contendientes y propiciar una tregua. Desafortunadamente, son demasiado débiles y están abatidas, y en gran medida es culpa suya. No han mantenido viva la llama de la causa y van rezagadas en sus preparativos. Pero podrían surgir otras oportunidades. Requerirá todos sus esfuerzos, día y noche, para evitar que las atrocidades que estallaron en España reaparezcan, quizás en un futuro no muy lejano, en toda Europa.

Defensa aérea, 27 de enero de 1937 (*Cámara de los Comunes*)

No pretendo entretener más a la Cámara por el momento, salvo para decir que espero que el Gobierno esté tomando todas las medidas posibles para recabar toda la información disponible sobre los combates aéreos en España. En esos escenarios de horror se están produciendo acontecimientos muy valiosos e instructivos. Se dice que las baterías antiaéreas alemanas, agrupadas y controladas eléctricamente, han obtenido resultados extraordinariamente buenos contra la aviación enemiga. En cualquier caso, es preciso estudiar con sumo cuidado todo este asunto, pues cualquier medida que pueda reforzar nuestra defensa contra los ataques aéreos sería de enorme utilidad. Por mi parte, creo que llegará el día en que la tierra domine definitivamente el aire y en que el avión atacante será, casi con toda seguridad, derribado en llamas. Pero me temo que quizá transcurran diez años, diez años cruciales y decisivos, antes de que alcancemos tal seguridad, y que, mientras tanto, solo dispongamos de leves paliativos.

Estimaciones navales, 11 de marzo de 1937 (*Cámara de los Comunes*)

Es muy difícil resumir las cuestiones técnicas y las lecciones técnicas que están surgiendo o han surgido de la Guerra Civil Española, pero parece haber un hecho muy claro que incluso personas sin conocimientos técnicos como nosotros podemos discernir y apreciar. Ningún buque de guerra ha sufrido daños graves en alta mar y solo uno ha resultado dañado, incluso estando en puerto, durante los ocho meses que ha durado la guerra. Sin duda, se trata de un hecho irrefutable. No veo a mi honorable y valiente amigo, el diputado por Hertford (el contraalmirante Sir M. Sueter), en su lugar, pero quisiera insistir en esta opinión ante él y ante quienes comparten su punto de vista. Los cruceros insurgentes «Canarias» y «Baleares», junto con dos o tres buques más débiles, han estado patrullando las costas de España durante meses, a menos de cinco minutos de vuelo de 100 o 150 aviones rusos, que, según nos aseguran, han demostrado ser de excelente calidad. Sin embargo, estos buques no han sufrido ningún daño, a pesar del inmenso perjuicio que están causando al Gobierno español.

Situación internacional, 25 de mayo de 1937 (*Society Luncheon, Londres*)

Existe otra manera de lograr una mayor concordia entre las grandes naciones. ¿Por qué no nos unimos, como fácilmente podríamos, y detenemos la guerra sangrienta en España, en lugar de avivar las llamas movidos por nuestro partidismo? Si tuviéramos una organización internacional

como la que contempla esta sociedad, la idea de que una sola nación atrasada se autodestruya e involucre o perturbe a todas las potencias más poderosas no sería tolerada. No encuentro en ninguno de los bandos en España las cualidades que les permitan enarbolar la bandera de la causa mundial. Los combatientes enloquecidos deberían ser separados por la voluntad de Europa y por un régimen que no sea ni bolchevique ni nazi, establecido hasta que el pueblo español recupere su serenidad y autocontrol. No es momento de abandonar la causa de la Sociedad de Naciones ni de desesperar de una verdadera camaradería y cooperación internacional. Al contrario, es momento de que todos avancemos con firmeza y perseveremos.

La renuncia de Anthony Eden, 22 de febrero de 1938 (*Cámara de los Comunes*)

Este es un momento para celebrar los logros del exministro de Asuntos Exteriores. No deben pasar desapercibidos en este momento. Han sido extraordinarios. Durante un año y medio hemos seguido su política de no intervención en España, e incluso aquellos a quienes más les han irritado muchos de sus aspectos han admirado la extraordinaria tenacidad y firmeza con la que ha mantenido un rumbo central, sin parcialidad indebida hacia ninguna de las partes. Y al final de todo esto, con todos los cambios de rumbo de la guerra civil española, nos encontramos como el país que gozaba de la mayor confianza de ambas partes, y el único país, quizá, que aún conservaba cierta capacidad de mediación benévola.

Armarse y cumplir el Pacto, 9 de mayo de 1938 (*Free Trade Hall, Manchester*)

La agonía de la Guerra Civil continúa. Si se hubiera tratado simplemente de una disputa española librada por españoles, podríamos haber apartado la vista de sus horrores; pero las vergonzosas incursiones de las potencias dictatoriales con tropas organizadas y enormes cantidades de municiones, bajo la engañosa máscara de la no intervención, han dotado a sus luchas de una amargura añadida y una trascendencia que se extiende mucho más allá de la península ibérica. Pero el Gobierno republicano sigue resistiendo. El final puede tardar en llegar. La simpatía de Estados Unidos se ha manifestado de forma extraordinaria. Aún podemos albergar la esperanza de que nuestro país, que ha actuado de buena fe, encuentre la manera de mediar entre los combatientes y ayudar a ambas partes a alcanzar un acuerdo que convierta a España en un hogar para todo su pueblo.

Fuerzas volcánicas se agitan en Europa, 2 de junio de 1938
(*League of Nations Union, Birmingham*)

En este país podríamos contentarnos con mantenernos completamente neutrales respecto a España si se tratara simplemente de una disputa española. Es difícil discernir la justicia de la injusticia en una disputa en territorio extranjero, pero me indigna profundamente la vergonzosa injerencia, disfrazada bajo el término burlón de «no intervención», de dos dictaduras europeas. El general Franco, avanzando con la ayuda de esas tropas extranjeras, proclama que sólo aceptará la rendición incondicional de lo que era apenas la mitad de su país. Me resulta muy difícil mantener una actitud de neutralidad imparcial.

El acuerdo anglo-italiano no entrará en vigor hasta que las tropas italianas se retiren de España. Si esperaran a que la resistencia republicana termine, esto podría prolongarse enormemente. Cualquier intento de brindar ayuda financiera a Italia, directa o indirectamente, mientras dichas tropas italianas intervengan activamente en la disputa española, merece, sin duda, la firme oposición del pueblo británico.

Rusia y Polonia, 19 de mayo de 1939 (*Cámara de los Comunes*)

Está la cuestión del general Franco: que el general Franco también pueda cambiar de opinión, y que no debemos disuadirlo. Lo único que le pedimos al general Franco es que sea neutral y reconstruya las ruinas de su país, obteniendo beneficios, como hizo España en la última guerra, de ambos bandos. Esa es la única fuente de la que probablemente puedan beneficiarse en la actualidad. ¿Acaso alguien duda de que ese es el interés español y el deseo del general Franco? Sin embargo, si en España se sigue una política diferente, no es porque el general Franco lo desee, sino porque existen fuerzas e intrigas por parte de las potencias nazi y fascista. La manera de contrarrestar estas fuerzas de intriga es ser fuertes, y la fuerza unida de todas las naciones que buscan la paz, como ha dicho el honorable miembro por Carnarvon Boroughs (Mr. Lloyd George), sería abrumadora y tendría un efecto disuasorio.

Situación de la guerra, 8 de octubre de 1940 (*Cámara de los Comunes*)

Hay otro país mucho más cercano que, durante los últimos meses, ha parecido pender de un hilo entre la paz y la guerra. Siempre hemos deseado el bienestar del pueblo español, y en un período glorioso de nuestra historia nos interpusimos entre los españoles y la dominación extranjera. Ningún país de Europa necesita más la paz, los alimentos y las oportunidades de un comercio próspero que España, desgarrada y atormentada por la devastación de una guerra civil, a la que la nación española se vio arrastrada por una serie de terribles accidentes y malentendidos, y de cuyas ruinas ahora debe reconstruir su vida nacional unida con dignidad, misericordia y honor. Lejos esté de nosotros socavar a España y sus necesidades económicas con el amplio alcance de nuestro bloqueo. Lo único que buscamos es que España no se convierta en un canal de suministro para nuestros enemigos acérrimos. Sujeto a esta condición esencial, no hay problema de bloqueo que no estudiemos con el sincero deseo de satisfacer las necesidades de España y contribuir a su recuperación. Menos aún pretendemos inmiscuirnos en los asuntos internos de España o reavivar las brasas de lo que hace poco fueron fuegos devoradores. Como en los días de la Guerra de la Independencia Española, los intereses y la política británicos se basan en la independencia y la unidad de España, y anhelamos verla ocupar el lugar que le corresponde como gran potencia mediterránea y como miembro destacado y ilustre de la familia europea y de la cristiandad, que, aunque ahora dividida por terribles disputas y bajo la obsesión de graves tiranías, constituye la meta hacia la que marchamos y marcharemos a través de los campos de batalla de la tierra, el mar y el aire.

Una nueva experiencia: Victoria, 10 de noviembre de 1942
(*The Lord Mayor's Luncheon, Ayuntamiento, Londres*)

Sin duda habrán leído la declaración del presidente Roosevelt, solemnemente respaldada por el Gobierno de Su Majestad, sobre el estricto respeto que tanto Estados Unidos como Gran Bretaña mostrarán a los derechos e intereses de España y Portugal. Nuestra única política hacia esos países es que sean independientes y libres, prósperos y vivan en paz. Gran Bretaña y Estados Unidos harán todo lo posible por enriquecer la vida económica de la Península Ibérica. Los españoles, en particular, después de todas sus tribulaciones, necesitan y merecen paz y recuperación.

APÉNDICE

Un intervalo dramático: España 1936-1937

Incluimos como Apéndice el capítulo XII de Cómo se fraguó la tormenta, primero de los seis volúmenes de las extensas Memorias de Churchill referentes a La Segunda Guerra Mundial, que fue publicado en 1948. Lo cierto es que respecto a la guerra de España no añade gran cosa a lo que publicó en los periódicos en su momento, y luego recogió en su libro de 1939 Step by step, de donde los hemos tomado para esta entrega de Clásicos de Historia. Sin embargo puede resultar de interés para encuadrar las observaciones de Churchill sobre la guerra, en el contexto de las otras cuestiones que le preocupaban y ocupaban durante aquellos años.

Es ahora oportuno asentar los principios que sobre la política europea de Inglaterra venía yo propugnando hacía muchos años y propugno aún. No acierto a expresarlos mejor que con las palabras que empleé en la comisión conservadora de asuntos extranjeros, que me invitó a pronunciar ante ella un discurso a fines de marzo de 1936.

«Durante cuatrocientos años, la política extranjera inglesa ha tendido a oponerse a la potencia más fuerte, agresiva y dominadora del Continente, y sobre todo a impedir que los Países Bajos caigan en manos de tal potencia. Mirando a la luz de la historia, esos cuatro siglos de inmodificada finalidad en medio de tantos cambios de nombres y hechos, vemos que constituyen uno de los más notables episodios que registran los anales de cualquier raza, nación, estado o pueblo. Además, en todas las ocasiones siguió Inglaterra el camino más difícil. Frente a Felipe II de España, frente Luis XIV con Guillermo II y Marlborough frente a Napoleón, frente a Guillermo II de Alemania, lo más fácil y más tentador hubiera sido unirse al más fuerte y compartir los frutos de sus conquistas. Pero siempre optamos por lo más espinoso, nos aliamos a potencias menos fuertes, las unimos y así derrotamos e hicimos fracasar la tiranía militar continental, cualquiera que fuese, y dirigiéramos la nación que la dirigiere. De este modo, conservamos las libertades de Europa, favorecimos el desarrollo de su viva y variada sociedad y salimos de cuatro terribles luchas con una fama creciente y un imperio más dilatado, además de haber protegido la independencia de los Países Bajos. Esta es la maravillosa, aunque inconsciente tradición de la política extranjera inglesa. Hoy, todos nuestros pensamientos descansan en la tradición. No sé que haya ocurrido nada que altere o debilite la justicia, valor, discreción y prudencia con que nuestros antepasados procedieron. No sé que en la naturaleza humana haya sucedido nada que altere, ni en lo más mínimo, el valor de las conclusiones de nuestros ascendientes. No sé de ningún hecho político, militar, científico o económico que me haga creer que nosotros somos menos capaces que en el pasado. No sé de nada que impida que sigamos el mismo camino. Me aventuro a presentaros esta proposición general porque creo que, se acepta, todo se tornará mucho más sencillo.

»Observad que a la política de Inglaterra no le importa qué nación sea la que busque el avasallamiento de Europa. No se trata de que sea España, la monarquía francesa, el imperio francés,

el imperio alemán o el régimen de Hitler. Nuestra política no tiene nada que ver con las naciones o sus gobernantes, sino sólo con cuál es el tirano más fuerte, o potencialmente más dominador. Por lo tanto, no temo que se me acuse de francófilo o germanófilo. Si las circunstancias fuesen las contrarias, podíamos igualmente ser germanófilos y francófilos. Se trata de una ley de política pública que seguimos, y no de un mero expediente dictado por circunstancias accidentales, simpatías o antipatías o cualquier otro sentimiento.

»La cuestión que se plantea consiste en saber cuál es la potencia europea más fuerte y más dominante en un sentido peligroso y opresivo. Durante este año, y probablemente durante 1937, el ejército francés será el más fuerte de Europa. Pero nadie teme a Francia. Todos saben que Francia desea vivir tranquila y sólo piensa en su propia conservación. Todos saben que los franceses son pacíficos y están atemorizados. Son, a la par, valientes, resueltos y amantes de la paz; y sienten gran preocupación. Forman, por ende, una nación liberal, con instituciones parlamentarias libres.

»Alemania, en cambio, no teme a nadie. Está armándose de una manera desconocida en su historia. La conduce un puñado de triunfantes bandidos. El dinero escasea y el descontento cunde bajo esos despóticos gobernantes. Muy pronto tendrán que escoger entre esto: o el derrumbamiento económico y financiero, o el levantamiento interior, o una guerra que no puede tener más objeto —ni otro resultado, si triunfara— que poner a Europa bajo el dominio nazi. Me parece, pues que nos hallamos ante las circunstancias de antaño y que nuestra salvación depende de reunir todas las fuerzas de Europa para contener, restringir y, si es necesario, hacer fracasar la dominación alemana. Porque podéis creerme que si otras potencias —España, Luis XIV, Napoleón o Guillermo II— se hubieran con nuestra ayuda, hecho dueños absolutos de Europa, muy luego nos hubieran expoliado, reduciéndonos a la insignificancia y la penuria al día siguiente de la victoria. La vida y perduración del imperio británico y la grandeza de esta isla han de ser consideradas deber altísimo nuestro, no dejándonos extraviar por ilusiones acerca de un mundo ideal que sólo equivaldría a substituir nuestra autoridad por otra peor a la que pertenecería la dirección del futuro.

»En este punto, la vasta concepción y extremadamente esencial organización de la Sociedad de Naciones se nos presenta como factor primordialísimo. En la práctica, esa Sociedad es un concepto británico, que se armoniza perfectamente con nuestros tradicionales métodos y acciones. Además, armoniza también con las amplias ideas de lo justo y lo injusto, y con el deseo de una paz fundada en superar al agresor principal, que siempre hemos seguido. Aspiramos al reinado de la ley y la libertad entre las naciones y dentro de las naciones, y sólo por eso —¡nada menos que por eso!— lucharon y vencieron los pasados erectores de nuestra reputación, civilización y grandeza. Para los ingleses, es cosa muy amada el sueño de un régimen de ley internacional y de arreglo de las diferencias mediante pacienzudas discusiones y de acuerdo con lo lícito y justo. No debemos subestimar la fuerza que esos ideales ejercen sobre la moderna democracia británica. ¿Acaso no conocemos que tales semillas han sido plantadas por los vientos de los siglos en los corazones del pueblo trabajador? En ellos permanecen, y tan fuertes son como el amor de la libertad que inspira a nuestros compatriotas. No debemos olvidarlas, porque ellas forman la esencia del genio de nuestra isla. Por lo tanto, creemos que alentar y fortalecer la Sociedad de Naciones será el mejor medio de defender nuestra seguridad insular, así como el de sostener grandes causas universales con las que muy a menudo nuestros intereses han estado de espontáneo acuerdo.

»Mis tres principales proposiciones son: primera, hemos de oponernos al supuesto dominador o agresor en potencia. Segunda, Alemania, con sus prodigiosos armamentos en rápido desarrollo, es la nación que está en el caso de ser agresora. Tercera, la Sociedad de Naciones comprende muchos países y une a nuestros compatriotas de la más eficaz manera con miras a reprimir al supuesto agresor. Someto respetuosamente a vuestra consideración estos temas. Lo demás se desprenderá de ellos mismos.

»Siempre es más sencillo descubrir y proclamar principios generales que aplicarlos. Ante todo, debemos contar con nuestra eficaz asociación con Francia. Eso no significa que debamos

adoptar una actitud innecesariamente hostil respecto a Alemania. Constituye una parte de nuestro deber y nuestro interés no exacerbar los ánimos entre esos dos países.

»Respecto a ello, no tendremos dificultades por lo que a Francia concierne. Como nosotros, los franceses son una democracia parlamentaria llena de tremendas inhibiciones respecto a la guerra y, como nosotros, muy retrasada en sus preparativos defensivos. Por lo tanto, creo que debemos considerar fundamental nuestra asociación con Francia. Todo lo demás, ahora que los tiempos se tornan tan duros y peligrosos, debe ser considerado secundario. Los que poseen un definido cuerpo de doctrina y unas convicciones profundamente arraigadas están en mejores condiciones para entenderse con las sorpresas y decepciones de los asuntos cotidianos, que no quienes siguen miras angostas y se entregan a los impulsos naturales que en ellos excitan lo que a diario leen. Lo primero que hay que resolver es esto: ¿a dónde deseamos ir? Yo propugno una liga armada de todas las naciones, o de tantas como se pueda, que, con Inglaterra y Francia como núcleo, se opongan al posible invasor. No descuidemos nada que pueda contribuir a formar esa estructura internacional. Si ello resultase superior a nuestras fuerzas, o si la unión se quebrara por las debilidades malevolencias de otros, debemos al menos asegurarnos de que Inglaterra y Francia, los dos grandes países libres que sobreviven en Europa, arrostrarán juntos cualquier huracán que pueda acometerlos, lo que les dará buenas y razonables esperanzas de arribar a puerto.»

Si añadimos los Estados Unidos a Inglaterra y Francia, si cambiamos el nombre del supuesto agresor, si sustituimos la Sociedad de Naciones por la ONU, el Canal de la Mancha por el Atlántico y Europa por el mundo, mis razonamientos siguen en vigencia hoy.

* * *

Dos años pasaron entre la reocupación de Renania por Hitler en marzo de 1936 y su atropello de Austria en marzo de 1938. El intervalo fue más largo de lo que yo esperaba. Todo sucedió según el orden previsto, pero el espacio comprendido entre golpe y golpe se dilató. Entre tanto, Alemania no perdió el tiempo. La fortificación de la «Muralla Occidental» avanzaba a buen paso de continuo crecía ante la frontera francesa una inmensa línea de fortificaciones permanentes o semi-permanentes. El ejército alemán, fundado en la base metódica del servicio obligatorio y reforzado por enardecidos voluntarios, crecía de un mes a otro, tanto en número como en la calidad y madurez de sus unidades. La aviación alemana aumentaba sin cesar su superioridad sobre la inglesa. Las fábricas alemanas de municiones trabajaban a ritmo acelerado. Día y noche giraban ruedas y retumbaban martillos en Alemania, convirtiendo toda su industria en un bélico arsenal y englobando toda su población en un disciplinado mecanismo de guerra. En el otoño de 1936, Hitler inauguró un plan cuatrienal tendente a reorganizar la economía alemana, de modo que se bastara más a sí misma en la futura contienda. En el extranjero, logró la fuerte alianza que propugnaba en *Mein Kampf*. En efecto, llegó a un entendimiento con Mussolini, y el Eje Roma-Berlín quedó formado en definitiva.

Hasta mediados de 1936, la política agresiva y las infracciones de los tratados no se fundaron, por parte de Hitler, en la fuerza de Alemania, sino en la desunión y timidez de Francia e Inglaterra y en el aislacionismo de los Estados Unidos. Cada previo paso de Hitler había equivalido a un albur que, según él sabía, no hubiera resultado bien de ser seriamente atajado. La ocupación de Renania y su subsiguiente fortificación fue el mayor albur de todos. Y resultó espléndidamente. Los antagonistas del Führer, en su irresolución, no supieron frenar aquella fanfarronada. Pero la acción hitleriana de 1938 no fue fanfarronada ya. Su agresión estaba respaldada por la fuerza, y por una fuerza tal vez superior a la ajena. Cuando los gobiernos francés e inglés advirtieron la terrible transformación ocurrida, era tarde.

* * *

Yo seguía prestando la mayor atención a nuestros preparativos militares. Me trataba amistosamente con Inskip, ministro de Coordinación de la Defensa, y hacía todo lo posible para ayudarlo. A petición suya le envié, con fecha 6 de junio de 1936, una memoria sobre la necesidad de

crear un ministerio de Suministros¹⁶. No se adoptó medida alguna decisiva respecto a la organización de ese ministerio hasta la primavera de 1939, es decir, casi tres años después. Tampoco se intentó acelerar nuestra producción de municiones.

* * *

A mediados de junio de 1936, la creciente degeneración del régimen parlamentario de España, y el vigor con que se preparaban sendas revoluciones comunistas y anarquistas, desencadenó un alzamiento militar que llevaba largo tiempo preparándose. Forma parte de la doctrina y de la táctica comunista, según lo estableció el propio Lenin, el que los comunistas contribuyan a todo movimiento hacia la izquierda y favorezcan la implantación de gobiernos débiles de tipo radical, constitucional o socialista. Los comunistas deben socavar los cimientos de esos gobiernos y arrancar el poder de sus vacilantes manos para establecer el mando absoluto y fundar el estado marxista. En España estaba manifestándose una perfecta reproducción del período de Kerensky en Rusia. Pero las fuerzas de España no habían sido quebrantadas por la guerra extranjera. El ejército mantenía una considerable medida de cohesión. A la vez que la conspiración comunista, se elaboraba en secreto una contra-conjura militar que había cobrado ya profundas raíces. Ninguno de los dos bandos que conspiraban podía alegar, con justicia, títulos de legalidad, y los españoles de todas las clases tenían que pensar, ante todo, en la vida de España.

Muchas de las garantías corrientes en la sociedad civilizada habían sido liquidadas por la infiltración comunista en un decaído gobierno parlamentario. Se producían atentados por ambas partes, y la pestilencia revolucionaria llegó a punto tal, que los comunistas no titubeaban en asesinar a sus adversarios políticos en las calles o en sacarlos de sus lechos para darles muerte. En Madrid y sus contornos se habían producido ya buen número de tales asesinatos. Las cosas llegaron a su colmo con el asesinato de Calvo Sotelo, dirigente conservador, cuyas tendencias correspondían en cierto modo al tipo de las de sir Edward Carson¹⁷ en Inglaterra antes de la guerra de 1914. Este crimen dio al ejército la señal de actuar.

Un mes antes, el general Franco había escrito al ministro de la Guerra advirtiéndole que si el gobierno español no mantenía las seguridades normales de la ley en la vida cotidiana, el ejército tendría que intervenir. España, en el pasado, había asistido a muchos pronunciamientos de jefes militares. El general Sanjurjo, que iba a tomar el mando del movimiento, pereció en un accidente de aviación, y Franco alzó el estandarte de la insurrección, siendo secundado por el ejército, incluso clases y soldados. La Iglesia se adhirió inmediatamente a Franco, así como casi todos los elementos de centro y derecha. Los sublevados se adueñaron de varias importantes provincias.

Los marineros de los buques españoles de guerra mataron a sus oficiales y se pusieron al lado del bando que en breve había de convertirse en comunista. En la práctica, el gobierno civilizado se derrumbó en la zona republicana, y los comunistas no tardaron en dominarlo y en actuar de acuerdo con su táctica peculiar. Se entabló una encarnizada guerra civil. Los comunistas, dueños del poder, realizaron matanzas, en masa y a sangre fría, de sus adversarios políticos y de la gente acomodada. Los cadetes de infantería defendieron con la mayor de las tenacidades su academia militar del Alcázar de Toledo, y las tropas de Franco, abriéndose camino desde el sur y dejando tras ellos una estela de represalias en los pueblos que habían sido dominados por los comunistas, libertaron a los sitiados. El episodio de Toledo es digno de pasar a la historia.

Yo fui neutral en aquella contienda. Desde luego, no defendía a los comunistas. ¿Cómo había de defenderlos cuando sabía que, de haber sido español, ellos nos habrían asesinado a mí y a mi familia y amigos? De todos modos, entendía que el gobierno inglés tenía tantas cosas de qué preocuparse, que le convenía no mezclarse en los asuntos de España. Francia propuso un plan de no

16 Véase Apéndice C.

17 Edwar Henry Carson (1854-1935), líder de los unionistas irlandeses que fundó en 1913 las milicias paramilitares que se denominaron Fuerza Voluntaria del Ulster (UVF). (Clásicos de Historia)

intervención tendente a que las partes en pugna combatiesen sin ayuda extranjera. Los gobiernos inglés, alemán, italiano y ruso se adhirieron. De este modo el gobierno republicano español, que había caído ya en manos de los revolucionarios más extremistas, se encontró privado del derecho de comprar las armas que encargaba con el oro de que disponía. Hubiese sido más razonable seguir el curso normal de las cosas y reconocer la beligerancia de los dos bandos, como se hizo cuando la guerra civil americana de 1860-65. Pero lo que se acordó, con compromiso formal de todas las grandes potencias, fue un compromiso de no intervenir. Inglaterra observó estrictamente lo acordado, mas Italia y Alemania por una parte y la Rusia soviética por otra, quebrantaron constantemente lo prometido, arrojando su peso en la lucha. Alemania, en particular, proporcionó aviones que permitieron bombardeos tan intensos como el de Guernica.

En mayo, un gobierno Blum había sucedido en Francia a Flandin. Los diputados comunistas que lo apoyaban insistían en que se enviase material de guerra a los adversarios de Franco. Cot, ministro francés del Aire, sin tener en cuenta la decadente condición en que se hallaba la aviación francesa, entregaba en secreto aviones y equipos a los ejércitos republicanos. Yo, conturbado por tales actividades, escribí a Corbin, embajador francés, el 31 de julio de 1936, diciéndole:

«Una de las mayores dificultades con que tropiezo al tratar de mantener nuestras posiciones de siempre, consiste en las exhortaciones alemanas respecto a la necesidad de que los países anticomunistas se unan. Seguro estoy de que si Francia envía aviones etc., al gobierno de Madrid, mientras los alemanes e italianos hacen lo mismo en sentido inversa, las fuerzas predominantes aquí mirarán bien a Italia y Alemania y se alejarán de Francia. Espero no molestarle al decirle esto que desde luego sale exclusivamente de mí. No me agrada oír a la gente hablar de que Inglaterra, Alemania e Italia deben alinearse contra el comunismo europeo. No será verdad tanta belleza.

»Tengo la certidumbre de que la actitud más correcta y conveniente consiste en la neutralidad y en una enérgica protesta contra toda infracción de la misma. Quizá se llegue a una decisión por tablas, momento en que a la Sociedad de Naciones puede caberle intervenir para evitar horrores. Pero incluso esto es muy dudoso.

* * *

Otro suceso hay que debo registrar aquí. El 25 de noviembre de 1936, todos los embajadores acreditados en Berlín fueron llamados al ministerio de Asuntos Extranjeros, donde von Neurath les habló del Pacto Antikomintern negociado con el Japón. El propósito del pacto era emprender acciones mancomunadas contra las actividades internacionales del Komintern, tanto dentro de los límites de los países contratantes como fuera de ellos.

* * *

Durante todo 1936, la ansiedad de la nación y del Parlamento siguió aumentando y concentrándose en el estado de nuestras defensas aéreas. En el debate del 12 de noviembre, censuré severamente a Baldwin por el incumplimiento de su promesa de que cualquier gobierno del país — y más un gobierno nacional, y aun más el suyo— se ocuparía de que nuestra aviación no fuese nunca inferior a la de otro estado que se hallase al alcance de nuestras costas. Dije: «Aquí se trata, simplemente, de que el gobierno no acaba de decidirse o no logra hacer decidirse al Primer Ministro. De modo que se halla en la paradójica situación de no estar decidido más que a no decidirse, de no estar resuelto más que a no resolverse, de mostrar adamantina dureza cuando se trata de ir a la deriva, de querer sólidamente permanecer en un estado de vaguedad, de insistir con todo su poder en ser impotente. Y así nos preparamos a dejar que nuevos meses y años —acaso valiosísimos, y acaso vitales para la grandeza de la Gran Bretaña— sean devorados por la langosta».

Baldwin me replicó con un notable discurso, en el que dijo:

«Deseo hablar a la Cámara con máxima franqueza... La diferencia de opiniones entre el señor Churchill y yo sólo se remonta al año 1933. En 1931-32 hubo, aunque la opinión no lo reconozca,

un período de crisis financiera. Hay otra razón. He de recordar a la Cámara que no en una, sino en muchas ocasiones, en diversos discursos y distintos sitios, mientras yo abogaba por el principio democrático, insistía en que una democracia va siempre con dos años de retraso respecto a un dictador. Creo que esa es la verdad. Y en este caso lo ha sido. Expongo mis opiniones a la Cámara con pasmosa franqueza, como veis. Recordaréis cuando se celebró en Ginebra la Conferencia del Desarme. Recordaréis que entonces reinaba en este país un sentimiento pacifista mucho más intenso que en momento alguno después de la guerra. Recordaréis que en las elecciones de Fulham, en el otoño de 1933, un candidato al que el gobierno nacional defendía, perdió por unos siete mil votos, sin que la plataforma electoral de su antagonista fuese otra que la del pacifismo... Mi posición como jefe de un gran partido no era nada cómoda. Puesto que el sentimiento expresado en Fulham cundía por todo el país, ¿qué probabilidad —me preguntaba yo— había de que de allí a uno o dos años cambiasen tanto los sentimientos que el país nos ordenara rearmar? Suponiendo que yo dijera al país que Alemania se rearmaba y nosotros necesitábamos hacer lo mismo, ¿hay quien crea que una democracia pacífica se hubiera congregado en torno a nuestro lema en aquel momento? Desde mi punto de vista creo que nada hubiera sido tan cierto como que, aceptando tal divisa, hubiésemos perdido las elecciones.»

Pasmosa franqueza me pareció ésta, en efecto. Era exponer la verdad desnuda y los móviles de Baldwin con un descaro rayano en indecoroso. No existe en nuestra historia otro caso de que un Primer Ministro haya confesado que dejó de cumplir su deber respecto a la seguridad nacional por temor a perder las elecciones. No es que a Baldwin le impelieran innobles deseos de retener el cargo. En 1936 deseaba vivamente retirarse. Su política estaba dictada por el temor de que si los socialistas llegaban al poder hicieran menos aun que su gobierno. Hay constancia de todas las declaraciones y votos socialistas contra las medidas de defensa. Pero tal excusa no era plausible, ni hacía justicia al espíritu del pueblo británico. Esta vez no se repitió el éxito que un año atrás tuviera Baldwin al confesar con igual sinceridad que había errado en sus cálculos sobre la paridad aérea. La Cámara quedó impresionadísima. Y de un modo tan doloroso, que a Baldwin podían haberle venido mal las cosas de no intervenir entonces lo inesperado.

* * *

A la sazón, los miembros de todos los partidos ingleses, viendo los peligros del futuro, pedían medidas prácticas que asegurasen nuestra defensa y la causa de la libertad, amenazadas por los impulsos totalitarios y la complacencia de nuestro gobierno. Los que nos uníamos con esos fines propugnábamos el más rápido rearme en vasta escala de los conocidos en Inglaterra, y a la vez la completa aceptación y empleo de la autoridad de la Sociedad de Naciones. Yo llamé a esta política «Armas y Pacto». Mirábamos con desdén la actitud de Baldwin en los Comunes. Quisimos hacer culminar nuestra campaña con una reunión en Albert Hall. El 3 de diciembre, nos congregamos allí muchos dirigentes de todos los partidos: recios *tories* del ala derecha, convencidos de que la nación peligraba; los organizadores de la «Votación de la Paz»; los representantes de muchos grandes sindicatos (incluso mi antiguo adversario de los días de la huelga general, sir Walter Citrine, que presidía); y el Partido Liberal con sir Archibald Sinclair, su jefe. Teníamos la creencia de que íbamos a ganar respeto para nuestras opiniones, y hasta esperábamos poder hacerlas predominar. Y en esta coyuntura la pasión que el rey experimentaba por una mujer relegó a último término todo lo demás. La crisis de la abdicación se acercaba.

Antes de que yo respondiese al voto de gracias, elevóse un clamor de «Dios guarde al rey», seguido por muchos excitados vítores. Bajo el impulso del momento expliqué así mi posición personal:

«Otro grave asunto se cierne esta noche sobre nuestros ánimos. Dentro de pocos minutos cantaremos el *Dios guarde al rey*. Y yo lo cantaré con más cordial fervor que nunca en mi vida. Ansío que no se tome aceleradamente ninguna decisión irrevocable, sino que se permita que el tiempo y la opinión pública desempeñen su papel, de manera que una personalidad estimada y única

no quede incontinenti separada del pueblo al que ama tanto. Confío en que nuestro rey se guíe por las opiniones que ahora por primera vez expresan la nación e imperio británicos, y espero que, por su parte, el pueblo inglés no carezca de generosa consideración hacia el ocupante del trono.»

No hace al caso describir la breve, pero violentísima controversia que siguió. Yo conocía a Eduardo VIII desde que él era un niño. En 1910, como ministro del Interior, yo había leído ante una respetuosa asamblea congregada en el castillo de Carnarvon la proclama en que se nombraba príncipe de Gales al futuro Eduardo VIII. Me sentía, pues inclinado a poner en el más elevado plano mi lealtad personal al rey. Durante el verano había sabido lo que iba a ocurrir, pero de ningún modo intervine ni me opuse, ni tampoco visité al monarca. Mas ahora, Eduardo VIII, en su desasosiego, pidió al Primer Ministro autorización para consultarme. Baldwin accedió y entonces visité al Rey en Fort Belvedere. Estuve en contacto con él hasta su abdicación y realicé todos los esfuerzos posibles para lograr que tanto el monarca como el pueblo tuviesen paciencia y dilataran las cosas. No me he arrepentido de ello, y siempre volvería a hacer lo mismo.

Baldwin mostró ser sagaz intérprete del sentir nacional. Sin duda percibió y expresó la honda voluntad de la nación. Su diestro manejo de las cuestiones de la abdicación le elevó, en quince días, del abismo a la cumbre. Hubo momentos en que me sentí solo contra una Cámara airada. Cuando se trata de actuar, las corrientes del sentimiento no me afectan en demasía, pero entonces hubo ocasiones en que me resultó físicamente imposible hacerme oír. Cuantas fuerzas había reunido yo en torno al lema «Armas y Pacto» se apartaron de mí o se disolvieron, y la opinión pública se volvió contra mí de tal modo, que fue criterio general que mi vida política había concluido. Es singular que aquella misma Cámara que me miraba con tanta hostilidad fuera el mismo instrumento que después se plegó a mi dirección, sosteniéndome durante largos años hasta que la victoria sobre el enemigo quedó asegurada. Ello prueba que lo mejor es obrar siempre como la conciencia aconseja.

Abdicó un rey y fue coronado otro. Hasta fines de mayo de 1937, todos los ánimos estuvieron absortos en las ceremonias y ostentaciones de un solemne acto nacional de homenaje, que consagraba la fidelidad inglesa e imperial al nuevo soberano. Las cuestiones extranjeras y las defensivas perdieron para el público todo interés. Dijérase que nuestra isla distaba diez mil millas de Europa. No obstante estoy autorizado para consignar que el 18 de mayo de 1938, al día siguiente de la coronación, recibí una carta de puño y letra de S. M. el presente rey, la cual rezaba:

«The Royal Lodge, The Great Park, Windsor, Berks, 18-V-37.

»Mi querido señor Churchill:

»Le escribo para agradecerle su amable carta. Sé lo adicto que fue usted, y es aún, a mi querido hermano, y no acierto a expresar con palabras lo que me afecta su simpatía y su comprensión de los muy difíciles problemas surgidos desde que mi dicho hermano nos dejó, en diciembre. Reconozco plenamente las grandes responsabilidades y cargas que he tomado sobre mí como rey, y me alienta mucho recibir los buenos deseos de quien es, como usted, tan gran estadista y tan fiel servidor de la patria. No me cabe sino desear y aguardar que los buenos sentimientos y esperanzas que existen en el país y el imperio servirán de buen ejemplo a las demás naciones del mundo.

»Créame muy sinceramente suyo,

»JORGE, R. I.»

Siempre recordaré con agrado aquella muestra de magnanimidad para un hombre cuya influencia se había reducido a la nada.

* * *

El 28 de mayo de 1937, después de ser coronado Jorge VI, Baldwin se retiró. Su largos servicios públicos fueron adecuadamente recompensados con un título de conde y con la Jarretera. Depuso, pues, la amplia autoridad que había concentrado y mantenido, pero usado lo menos que pudo. Abandonó el cargo en medio de la gratitud y la estima pública. No cabía duda de quien iba a

ser su sucesor. Neville Chamberlain, ministro de Hacienda, no sólo había realizado el más arduo trabajo en el gobierno durante cinco años, sino que era el más capaz de los ministros y tenía alta inteligencia y un nombre histórico. Un año antes, en Birmingham, yo, con palabras de Shakespeare, había definido a Chamberlain como «la bestia de carga de nuestros asuntos importantes». Y él tomó esa definición como un elogio. Yo no esperaba que Chamberlain buscara mi colaboración, ni hubiera sido discreto que en tal coyuntura la buscara. Sus ideas sobre los problemas del momento se apartaban mucho de las mías. Pero me alegró que llegase al poder una figura activa y competente. Siendo aun ministro de Hacienda Chamberlain había participado en pro de una propuesta del Fisco relativa a una contribución pequeña para la defensa nacional, idea mal recibida por los conservadores y combatida por la oposición. En los primeros días de ejercer Chamberlain el cargo de jefe de gobierno, pronuncié un discurso que le permitió retirarse airoso de una posición insostenible. Nuestras relaciones públicas y privadas continuaron siendo normales, aunque fríamente corteses.

Chamberlain introdujo pocos cambios en el gobierno. Estaba en desacuerdo con Duff Cooper respecto a la administración del ministerio de la Guerra y dio a Cooper la sorpresa de ofrecerle el importantísimo puesto de jefe del Almirantazgo. Sin duda, el Primer Ministro ignoraba con qué ojos miraba el nuevo Primer Lord —que había iniciado su carrera en el ministerio de Asuntos Extranjeros— los problemas de Europa. Por mi parte, me sorprendió que Hoare, que acababa de conseguir una gran ampliación del programa naval, fuera destinado al ministerio del Interior. Hoare pareció creer que el tema predominante en el futuro inmediato iba a ser la reforma penitenciaria, sobre la que, por razones de parentesco con la famosa Elizabeth Fry, albergaba intensos sentimientos.

* * *

No estará de más establecer aquí un cotejo entre los dos jefes de gobierno —Baldwin y Chamberlain— a quienes yo conocía hacía tanto y con quienes había colaborado o iba a colaborar en el futuro. Stanley Baldwin era muy inteligente y muy ecléctico, pero carecía de una capacidad ejecutiva minuciosa. Permanecía al margen de las cuestiones internacionales y políticas. Apenas conocía Europa, y lo poco que de ella conocía le desagradaba. Poseía un profundo conocimiento de la política partidista inglesa y simbolizaba, de amplio modo, algunas de las virtudes y muchas de las flaquezas de nuestra raza insular. Como director de los conservadores había intervenido en cinco elecciones y ganado tres. Tenía la habilidad de saber esperar los acontecimientos y mantenerse imperturbable ante las críticas. Con singular destreza, sabía hacer que los acontecimientos trabajasen en su favor, y no ignoraba la manera de aprovechar los momentos oportunos. Me parecía reencarnar la impresión que la historia nos da de sir Robert Walpole, aunque sin la corrupción propia del siglo XVIII. E imperó casi tanto tiempo como Walpole en la política británica.

Por su parte, Neville Chamberlain era vivaz, práctico, terco y confiado en sí mismo en intenso grado. Difería de Baldwin en que se creía capaz de entender cuanto pasaba en Europa y aun en el mundo. A la intuición vaga, pero profundamente arraigada, de Baldwin, substituía ahora una eficacia tajante, si bien angostamente limitada a la política en que el nuevo gobernante creía. Como secretario de Hacienda y como Primer Ministro, mantuvo siempre un rígido control de los gastos militares. Fue, durante aquel período, vigoroso adversario de toda medida de urgencia. Había formado rotundos criterios sobre todas las figuras del día, tanto inglesas como extranjeras, y se consideraba capaz de medirse con ellas. Su gran esperanza consistía en pasar a la historia como el gran fautor de la paz, y para lograrlo estaba resuelto a forcejear con los hechos y afrontar los mayores riesgos, aunque los corriese también su país. Por desgracia, se halló entre corrientes cuya fuerza no había sabido calcular, y arrostró huracanes que no temía, pero que no podía vencer. En los años inmediatamente anteriores a la guerra yo hubiese encontrado más fácil colaborar con Baldwin que con Chamberlain, sólo que ninguno de los dos deseaba mis servicios, no siendo en último extremo.

* * *

En 1937 conocí a von Ribbentrop, embajador alemán en Londres. En uno de mis artículos quincenales, yo había indicado que se había tomado en mal sentido un discurso suyo. En sociedad le había hablado algunas veces. Un día me preguntó si querría visitarle para charlar con él. Me recibió en el salón del piso alto de la embajada alemana. Hablamos durante más de dos horas. Ribbentrop se mostró muy cortés. Tratamos de los armamentos y la política europea. En esencia, me dijo que Alemania deseaba la amistad de Inglaterra (pues Inglaterra siguen aun llamando en el Continente a la Gran Bretaña). Me expuso que le habían ofrecido el ministerio alemán del Exterior, pero que él había pedido a Hitler que le enviase como embajador a Londres a fin de procurar una inteligencia, sino una alianza, anglo-alemana. Alemania reconocería al Imperio Británico en toda su extensión presente. Quizá pidiera la devolución de las colonias alemanas, mas eso no era esencial. Lo principal era que Inglaterra dejase libres las manos a Alemania en el este de Europa. Alemania necesitaba espacio vital para su creciente población. Por tanto, había de absorber Polonia y el Corredor polaco. También Ucrania y la Rusia Blanca eran precisas para la vida futura de un Reich de unos setenta millones de habitantes. Con menos, Hitler no se contentaría. Al Imperio y Comunidad Británica sólo se les pedía una cosa: que no se interpusieran. De la pared colgaba un amplio mapa, al que Ribbentrop me hizo acercarme varias veces para ilustrar sus indicaciones.

Yo dije que el gobierno inglés nunca accedería a dejar libres las manos a Alemania en el este. Ciertamente que estábamos en malas relaciones con Rusia y que odiábamos al comunismo tanto como Hitler, pero, aun si Francia quedara garantizada, Inglaterra no se desinteresaría de la suerte continental al punto de dejar a Alemania prevalecer en la Europa del centro y el este. Ribbentrop, que miraba al mapa mientras hablaba yo, volvióse y dijo: «En tal caso la guerra es inevitable. No hay otro camino. El Führer está resuelto. Nada le detendrá a él ni a nosotros.» Y volvimos a sentarnos. Yo no era más que un simple diputado, pero bastante prominente. Me pareció útil decir al embajador estas palabras, que recuerdo bien: «Al pensar en la guerra, que sin duda será general, deben procurar ustedes no subestimar a Inglaterra. Esta nación es un país extraño, al que pocos extranjeros saben comprender. No hagan ustedes cálculos sobre la actitud de nuestro presente gobierno. Cuando se presente al pueblo la necesidad de sostener una gran causa, cabe esperar las más insólitas acciones de este mismo gobierno y de la nación británica.» Y repetí: «No subestimen a Inglaterra. Es un país muy hábil. Si ustedes nos lanzan a otra gran guerra, Inglaterra movilizará a todo el mundo contra ustedes, como en la pasada.» El embajador, levantándose, repuso con calor: «Inglaterra podrá ser muy hábil, pero esta vez no levantará al mundo contra Alemania.» La conversación se dirigió a temas menos espinosos y no ocurrió nada más digno de nota. El incidente persistió en mi memoria, y como di cuenta de él al ministerio de Asuntos Exteriores, creo oportuno registrarlo aquí.

Cuando los vencedores sometieron a juicio a Ribbentrop, este ofreció una versión tergiversada de nuestra plática y pidió mi testimonio. Si me hubieran llamado como testigo, habría dicho lo que digo en estas páginas.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*

- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
- 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
- 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
- 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
- 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*

- 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*

- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopédia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*

- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario “Ahora”*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D’Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*

- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España* (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)
- 269 Homero, *La Odisea*

- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*
 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
 221 *El Corán*
 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*

- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcofía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*

- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*

- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*

- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*

- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)